

La Ilustración Artística

AÑO XIV

BARCELONA 30 DE SEPTIEMBRE DE 1895

NÚM. 718

SUMARIO

Texto. — *Sainetes matritenses. Los vecinos del tercero*, por A. Danvila Jaldero. — *Semblanza. Patricio de la Escosura*, por C. de Ochoa y Madrazo. — *La quinta de salud del Centro Gallego en la Habana*. — *La vida contemporánea. San Sebastián*, por Emilia Pardo Bazán. — *Crónica parisiense*, por J. B. Enseñat. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *La roca del Tamborilero* (novela ilustrada). — **SECCIÓN CIENTÍFICA.** — Varios.

Grabados. — *Sainetes matritenses. Los vecinos del tercero*, dibujo de Méndez Bringa. — *Patricio de la Escosura*. — *La Benéfica*, casa de salud del Centro Gallego de la Habana. — *La voz de la conciencia*, cuadro de Laurenti. — *El «canotage» en los alrededores de París*, tres dibujos de S. Azpiazu. — *En los jardines del Luxemburgo*, cuadro de A. Edelfelt. — *Locomotora eléctrica*. — *Clepsidra china de Cantón*. — *El Céfiro y las Brisas*, composición decorativa, por M. Domínguez.

SAINETES MATRITENSES

LOS VECINOS DEL TERCERO

Sala comedor de pobre aspecto

I

D. TORCUATO, vejete panzudo, engulle con rapidez grandes rebanadas de pan que moja en una taza de chocolate, mientras DOÑA BRAULIA, su apergaminada esposa, se pasea por la reducida estancia, blandiendo con aire de enojo un plumero de regulares dimensiones.

DOÑA BRAULIA. — Estamos al pelo. Al carbonero se le deben cinco quintales; el desvergonzado del

ultramarino se ha atrevido á preguntarme hoy si tenemos la costumbre de pagar por anualidades ó por siglos vencidos, y tú..., nada, hecho un pánfilo, sin pensar más que en tragar.

D. TORCUATO. — ¿Y qué quieres que haga, si no sale nada?

DOÑA BRAULIA. — Así te saliera un grano en la nariz como el puño de gordo. Pues mira, para tu satisfacción te diré que no me quedan más que treinta y seis reales por todo capital: conque avísdate.

D. TORCUATO. — Si no te hubieras empeñado en la majadería de comprarte el sombrero verde con lazos amarillos, que ha costado cinco duros...



SAINETES MATRITENSES

Los vecinos del tercero, dibujo de Méndez Bringa

DOÑA BRAULIA. — ¿Qué tienes que decir del sombrero?

D. TORCUATO. — Nada, sino que estás con él para que te peguen cuatro tiros.

DOÑA BRAULIA. — ¡Avestruz! ¿Qué entiendes tú de eso? Pues qué, ¿querías que fuese yo por ahí hecha una trapería? Más valía que en vez de criticar cosas que no están á tu alcance, tomaras una determinación seria, pero muy seria.

D. TORCUATO. — Bueno; por de pronto tomaré una copita de anís del Mono si queda aún en el frasco.

DOÑA BRAULIA. — (Lanzando un grito de horror.) Dios mío, ¡anís del Mono!.. ¿Y piensa este infame en esas liviandades, cuando lleva cerca de un año sin destino, cuando se ha comido hasta mi lavabo y la cama de la criada?

D. TORCUATO. — ¿Y tú te has alimentado del aire?, ¿te has vestido de hojas de parra?

DOÑA BRAULIA. — No quiero contestar á esas simplezas. ¿Pues qué quieres tú?

D. TORCUATO. — Que me des una copita de...

DOÑA BRAULIA. — Pues ya no hay; anoche me bebí yo las últimas gotas.

D. TORCUATO. — Lo siento infinito, porque necesitaba inspirarme para escribirle otra carta lamentable y apremiante á mi hermano Blas, á ver si por fin se decide á emplear su influencia y le habla aunque sea al lucero del alba y me saca un destino.

DOÑA BRAULIA. — Ya podía ese zanguango haber hecho algo...

D. TORCUATO. — En fin, nos lanzaremos á la calle á ver si lo que cae... (Se levanta de la mesa y se asoma al balcón, adonde le sigue su cara mitad.) ¡Qué día más hermoso, si tuviéramos unos cuartos para hacer una merienda en las Ventas!

DOÑA BRAULIA. — ¡Pero qué sin vergüenza me lo habéis dado, Dios mío!

D. TORCUATO. — (Mirando á los balcones del piso segundo.) Calla, ahí está la vecina tomando el fresco. Y está guapita con esa bata clara.

DOÑA BRAULIA. — (Furiosa.) Estoy ya de esos vecinos hasta la coronilla. Él siempre riéndose y cantando con esa voz de becerro marino, y ella, la marisabidilla, haciendo monadas. Me tienen frita la sangre ese par de tórtolos.

D. TORCUATO. — Ya quisieras tú tener los cuartos que ellos tienen.

DOÑA BRAULIA. — Yo no quiero nada que ellos tengan, ni la salud. Esta mañana, cuando yo volvía de la plazuela, me encontré á la lagartija esa en la escalera y me dijo: «Vecinita, el chico del carnicero se ha equivocado de cuarto y ha estado esta mañana en mi casa pidiendo tres pesetas de unos filetes, y como nosotros no debemos nada á nadie, me he figurado que sería usted y le he dicho que subiera á su habitación.» Mira, no sé cómo me he contenido y no le he dado un mordisco. ¡Habría descaro!

D. TORCUATO. — Sí, la verdad es que venir á molestar por tres miserables pesetillas.

DOÑA BRAULIA. — Si el descaro es el de ella, de esa tonta de capirote, que tiene cuatro sombreros y se ha hecho dos trajes desde que entró el verano. ¡Dos trajes nuevos! ¿Para qué querrá tanto pingo?

D. TORCUATO. — Pues hace bien si tiene para pagarlo.

DOÑA BRAULIA. — ¡Ahora la defiendes, pillo, libertino, mal esposo! Ya voy notando hace tiempo que la vecina te gusta; pero si te figuras que yo voy á consentir esos devaneos, te equivocas.

D. TORCUATO. — Pero mujer, después de cuarenta años de matrimonio sales con esas músicas...

DOÑA BRAULIA. — ¡Hipócrita! No me contradigas, que soy capaz de hacer una barbaridad.

D. TORCUATO. — Lo creo, pero eso no quitará que la vecina sea una morenita muy graciosa y elegante.

DOÑA BRAULIA. — Sí, pues ahora verás. (Tira el plumero y se precipita hacia la alcoba, de donde sale con una jofaina llena de agua.)

D. TORCUATO. — ¡Insensata! ¿Qué vas á hacer?

DOÑA BRAULIA. — A regar mis plantas.

D. TORCUATO. — Mujer, á las doce del día...

DOÑA BRAULIA. — Cada cual riega cuando le da la gana.

D. TORCUATO. — Braulia, no seas atroz. No ves que le va á caer un chaparrón á la vecina.

DOÑA BRAULIA. — ¡Déjame ó te zampo la jofaina á la cabeza! ¡Mal hombre! ¡Tenorio de guardarropía! ¡Estafermo! (Intenta salir al balcón y D. Torcuato coge la jofaina, entablándose una lucha que da por resultado el que el contenido de la vasija caiga íntegro sobre la cabeza de la vecina. Oyese un chillido y el ruido del agua que se derrama sobre unos transeuntes que prorrumpen en furiosas exclamaciones.)

D. TORCUATO. — ¡Vieja bruja! ¡Engendro de Satanás! ¿Qué has hecho? ¡Dios misericordioso, ten piedad de nosotros!..

II

LOS MISMOS Y UN GUARDIA MUNICIPAL con facha de bárbaro, que encontrando la puerta abierta entra hasta el comedor.

GUARDIA. — ¿Puede pasar la *autoridad* pública del *monicipiu*?

D. TORCUATO. — Adelante, pase usted. Braulia, el señor querrá tomar una copita.

GUARDIA. — *Comu autoridad non tomu nada bebestible, comu particular es otra cosa divergente.*

DOÑA BRAULIA. — Pues no tengo nada más que agua del Lozoya.

GUARDIA. — Entonces *non molestarse*, la *autoridad non toma nada* cuando no hay nada que tomar. *Vamus á ver*: ¿quién, quién es el autor del delito líquido que acaba de perpetrarse por ese balcón?

DOÑA BRAULIA. — Aquí no ha sido.

D. TORCUATO. — No sabemos nada.

GUARDIA. — Pues hombre, está *buenu estu*, y aún está el balcón *chorreandu*. *Tengu* mucha pupila y *miru y ven*.

D. TORCUATO. — ¡Ah, sí! Cuatro gotas que han caído...

GUARDIA. — *Cuatro cubas*. A mí *non se me engaña*. He *sidu* aguador diez años y *entiendu muchu de custiones acuáticas*.

D. TORCUATO. — Me alegro de que sea usted práctico. Pues bien: ya ve usted que la cosa no vale la pena de que usted se moleste y pierda el paseo hoy que hace un día tan hermoso.

GUARDIA. — Más *hermosu* será el *multazu* que les voy á atizar.

DOÑA BRAULIA. — ¿Multas, por qué? No veo la causa.

GUARDIA. — Usted *non la ve, peru* el *Ayuntamientu lu ve todú*. Yo estaba en la taberna de enfrente, que es de un *chicu paisanu*, y he *oídu lus gritus*. *Non quería, sin embargu, pur prudencia* decir nada; *peru* han *venidu á quejarse*, y *non tengu* más *remediú* que tomar una *pruvidencia estempuránea*.

DOÑA BRAULIA. — Más valía que tomara usted la puerta.

GUARDIA. — *Non desataque* usted á la *autoridad municipal*. Han *puestu* ustedes *comu una butija*, mal *comparadu*, á una señorita de *abajú*. Han *mujadu á un señor eclesiásticu* del *ramu de canónigus* y á un *matrimoniu* que *trashumaba pur* la acera El *delitu non puede quedar inmóvil*. Les *avisu* que he *apuntadú lus nombres* en la *purtería* y que mañana recibirán la papeleta de citación.

D. TORCUATO. — ¿Y nos costará mucho la broma?

GUARDIA. — *Pocu*: entre *pitus* y flautas *cuatru ú cinco durus*. A *non ser* que *comu* la señorita de *abajú* es sobrina de un señor concejal les aprieten más *lus turnillus*.

D. TORCUATO. — Sólo nos faltaba eso.

DOÑA BRAULIA. — Pues no pagaremos nada, porque yo soy también sobrina de un gobernador de Filipinas, muy amigo de Sagasta, y á nosotros no se nos atropella. ¿Lo entiende usted?

D. TORCUATO. — ¡Pero mujer, si tu tío murió hace seis años!..

DOÑA BRAULIA. — No importa, queda el recuerdo, y ya verás como yo le digo cuatro frescas al juez, al calde ó lo que sea.

D. TORCUATO. — Eso es, á ver si conseguimos que nos pongan otra multa.

GUARDIA. — *Pur* mí que les pongan *lu* que quieran.

DOÑA BRAULIA. — Y á usted ya lo arreglaré yo, farioso, que porque no se le ha dado una propina...

GUARDIA. — Señora, *cuidaditu cun faltare ú van á la prevención*.

DOÑA BRAULIA. — ¡A mí, qué me ha de llevar usted, so tío! Antes le tiro á usted por el balcón.

D. TORCUATO. — ¡Braulia, por Dios, que nos comprometemos!

GUARDIA. — *Non hay cuidadu*: la *autoridad* debe ser prudente é *incombustible*. *Non quiero* oír esas manifestaciones *revolucionarias* y me *largu á dar* una vuelta por el *barriu* de mi *dignu mandu*. (Sale dando un portazo.)

III

D. TORCUATO Y DOÑA BRAULIA

DOÑA BRAULIA. — ¡Qué camello!

D. TORCUATO. — Mucho, pero camello y todo, nos ha dividido. ¡No nos faltaba más que este percance! (Suenan una campanilla.) Ya vuelve á la carga.

DOÑA BRAULIA. — Voy á coger la escoba y le daré dos palos. (Sale.)

D. TORCUATO. — Braulia, por Dios, no metas la pata otra vez. Contente, esposa. ¡Cómo se conoce que su papá era de caballería!

DOÑA BRAULIA. — (Con una carta en la mano.) Es la criada de los bandidos de abajo que ha traído este papelucho para ti.

D. TORCUATO. — A ver, á ver. Algún nuevo disgusto que tus imprudencias...

DOÑA BRAULIA. — Calla y lee.

D. TORCUATO. — (Se pone los lentes y abre la carta.) ¿Quién firma? Lorenzo García...

DOÑA BRAULIA. — Sí, el marido de la *señorita* de abajo.

D. TORCUATO. — Y aquí hay un membrete que dice «El Ingeniero Director del canal de Vallecas. Particular...»

DOÑA BRAULIA. — ¡Conque el mameuco ese es ingeniero! ¡Quién lo diría!

D. TORCUATO. — Oye, oye cómo se explica. «Muy señor mío: Al regresar á mi domicilio he sabido la barbaridad que ha llevado á cabo la arpa de su mujer, atentando contra mi esposa. Le aviso que como vuelvan ustedes á hacer algo por el estilo de lo de hoy, subiré, y sin perjuicio de otras medidas, le propinaré á usted una buena paliza. Sin más queda de usted atento y seguro servidor que besa su mano, Lorenzo García.»

DOÑA BRAULIA. — No tienes sangre en las venas cuando no bajas en seguida y desafías á ese grosero que se atreve á llamarme arpa.

D. TORCUATO. — ¡Mujer, si tú tienes la culpa de todo!

DOÑA BRAULIA. — Ya no hay hombres...

D. TORCUATO. — Lo que no hay es vergüenza.

DOÑA BRAULIA. — No me digas nada, que estoy furiosa. Voy á tirarle un puñado de cisco á la ropa que tienen tendida en el patio esos señores de chicha y nabo.

D. TORCUATO. — ¡Braulia, mujer, que me va á costar eso una paliza!..

DOÑA BRAULIA. — Que te hace mucha falta. (Suenan la campanilla.)

D. TORCUATO. — Detén tus ímpetus y veas quién llama.

DOÑA BRAULIA. — Voy, pero me las han de pagar.

IV

DICHOS Y D. BLAS, caballero anciano.

DOÑA BRAULIA. — Pasa, Blas, aquí está tu hermano.

D. TORCUATO. — ¡Querido Blas, dame un abrazo!

D. BLAS. — Aunque sean dos. ¿Cómo estáis?

D. TORCUATO. — A la última pregunta. Con decirte que ni anís del Mono tenemos...

DOÑA BRAULIA. — Vivimos de milagro, y como tú no hagas algo...

D. BLAS. — Vaya, pues alegraos, ya estás colocado.

D. TORCUATO. — ¿Será posible?

DOÑA BRAULIA. — Blasito, déjame que te dé un achuchón. ¡Ya decía yo, cuando aquél no escribe, es que está gestionando algo!

D. BLAS. — Sí, mujer, ha costado, porque todo está muy malo; pero en fin, busca por aquí, busca por allá..., podéis contar con diez mil realitos y alguna gratificación extraordinaria.

D. TORCUATO. — ¿Y qué es ello?

D. BLAS. — Vas á saberlo en seguida. Mira, D. Sisinando, el notario del pueblo, que es inmensamente rico, viendo mis apuros dijo: «Tengo parte en una empresa en que hay dos plazas vacantes; voy á escribir á Madrid, y como no las hayan dado, cuente usted con una.» Así lo ha hecho, y hemos tenido la suerte de llegar á tiempo, pues la persona que ha de dar el destino le ha contestado á D. Sisinando que si el recomendado es persona de confianza y buenos antecedentes, le admitirá desde luego.

D. TORCUATO. — ¡Aleluya, aleluya!

DOÑA BRAULIA. — Dios te lo pague, Blasito.

D. BLAS. — Nada, pues adécantate un poco y vamos. No debemos perder tiempo.

D. TORCUATO. — Braulia, saca la levita, que aun cuando muy raída, da cierto carácter. La chistera está vieja y atropellada, pero...

D. BLAS. — Eso no importa, porque no hemos de salir á la calle.

DOÑA BRAULIA. — ¡Cómo!.. ¿Quién es ese señor?

D. BLAS. — El ingeniero director del canal de Vallecas, D. Lorenzo García.

D. TORCUATO. — ¡El vecino del segundo! ¡Horror!..

DOÑA BRAULIA. — ¡Ese títtere! ¡Nos hemos perdido!

D. BLAS. — ¿Pero qué aspavientos son esos?

D. TORCUATO. — ¡Si ésta le ha tirado ahora mismo una jofaina de agua á la mujer del ingeniero!

DOÑA BRAULIA. — Si éste acaba de recibir una carta de García prometiéndole una paliza.

D. TORCUATO. — ¡Tú tienes la culpa de todo, vieja de Satanás!

DOÑA BRAULIA. — No me faltes, avechicho, que te tiro una silla.

D. TORCUATO. — ¡Prueba, petrolera, y hoy es el último día de tu existencia!.. ¡Sabandija vill!

D. BLAS. — Vaya, señores, que ustedes se diviertan. Me vuelvo al pueblo, y si queréis un destino que os lo busque... el archipámpano de Sevilla.

A. DANVILA JALDERO

PATRICIO DE LA ESCOSURA



SEMBLANZA

Solíanse reunir en una modesta sala de una casa situada en la calle de *El 29 de julio*, de París, durante las frías noches de invierno, por los años 1841, 42 y 43, varios españoles que ya por entonces brillaban en el mundo de la política, de las armas, de las artes y las letras.

Allí peroraba hasta por los codos, alzando mucho la voz, como tenía por costumbre, el entonces joven D. Juan Donoso Cortés, futuro marqués de Valdegamas; allí solía leer alguna de sus poesías el que andando el tiempo llevaría el título de conde de Cheste y había de ser presidente de la Real Academia Española; allí conversaban y discutían acerca de la primera guerra carlista los oficiales de caballería Enrique O'Donnell y José Marquessi, más tarde tenientes generales ambos; allí, sin que ninguno de los contertulianos se advirtiese de ello, dibujaba en un dos por tres un delicioso paisaje el insigne y hoy día difunto Villaamil, mientras que otro joven como él, que se hallaba sentado en otro rincón de la sala, mostraba su álbum lleno de preciosos dibujos dignos de su autor, que no era sino el gran artista D. Carlos Luis de Rivera, quien compartía entonces sus triunfos con su compañero y amigo el joven Federico de Madraro, á la sazón en Roma; el *Estudiante*, ó por otro nombre D. Antonio María Segovia, refería con el gracejo que le era familiar y con la sal y pimienta con que sazonaba siempre su conversación, lo que más le había impresionado al recorrer las calles de París, mientras que D. Eugenio de Ochoa, en cuya casa se hallaban reunidos todos esos ilustres personajes, discutía sobre el último drama de Dumas ó de Víctor Hugo, de quienes era muy amigo, ó llamaba la atención de sus contertulios sobre tal ó cual artículo de la *Revue des Deux-Mondes*, ó sobre las preciosísimas caricaturas del *Charivari*, quien solía poner en solfa los hombres y las cosas del apacible reinado de Luis Felipe.

He dejado para lo último al personaje más *remuant*, como dicen nuestros vecinos, al más alborotador y agitado, al más inquieto de la tertulia. Era aquél un joven que representaba muy bien la edad que tenía entonces, unos treinta años; ni alto ni bajo, delgado, más bien rubio que moreno, de facciones regulares, largos bigotes, aire marcial, propio de quien había sido en sus mocedades oficial de artillería, ojos muy vivos, locuaz, muy galante con el bello sexo y afable y cariñoso con el sexo feo. Tal era D. Patricio de la Escosura cuando se hallaba emigrado en París durante la regencia de Espartero.

Mucho se hablaba, naturalmente, de política, siendo aquella una de las épocas más agitadas en la historia contemporánea de nuestra patria. Todos esos personajes eran adversarios declarados del conde de Morella y muy amigos de la augusta dama que vivía entonces en el histórico palacio de la *Malmaison*, antigua residencia de Napoleón I y de Josefina, la reina D.^a María Cristina de Borbón, ex gobernadora del reino, cuya historia estaba ya escribiendo otro de los contertulios, el gran jurisconsulto, periodista, orador y literato D. Joaquín Pacheco. Los militares Pezuela, O'Donnell y Marquessi habían tomado parte en los tristes sucesos del 7 de octubre, y á cada paso se invocaba el nombre de Diego León, primer conde de Belascoain.

Escosura había sido primer ayudante de campo del esclarecido general D. Luis Fernández de Córdoba, y contaba maravillas del talento estratégico y de los relevantes méritos de tan ilustre caudillo. Pero como su imaginación era tan viva y pasaba de uno á otro asunto con pasmosa rapidez, apenas había refe-

rido algún hecho de armas de su general predilecto, volvía la cabeza y hablaba con Villaamil ó con Rivera de los cuadros del *Louvre* que más le gustaban, ó se ponía á discutir, como gran discutiador que era, con Donoso ó con Pacheco sobre cualquier punto del humano saber, pues él sabía de todo...

Tenía un don especial para hacer resaltar el ridículo de cuanto veía y oía. Recuerdo á propósito de esto que refería con mucha gracia una majadería de un amigo suyo, un tal Montenegro, el cual se presentó una noche en su casa á la hora en que se sentaban á la mesa, diciéndole muy serio: «Patricio, vengo á comer con usted, porque me he purgado esta mañana y quiero comer poco...» Ese Montenegro era marido de una señora que cantaba divinamente y que llamaba mucho la atención, así por su belleza como por su voz, en los salones aristocráticos de París, y habiéndole preguntado una señora francesa á Escosura quién era ese señor pequeñito que se hallaba junto al piano, contestó aquél con suma gravedad:

— Es el marido de la de Montenegro.

Era Escosura muy apasionado en sus juicios y muy vehemente en todas sus cosas. Se quejaba un día, en un círculo de amigos íntimos, de que no tenía dinero (lo que le sucedía con frecuencia), que las letras no daban para vivir y que iba á hacerse librero.

— Me parece muy bien, le contestó uno de ellos.

— Sí, mañana mismo abro una tienda con este rótulo: ESCOSURA, LIBRERO.

No llegó, por supuesto, á abrir semejante librería, ni fué tampoco editor, como se propuso, como no fuese de algunas de sus obras. En París trabajó bastante para hacer frente á las necesidades de una numerosa familia, cual era la suya, pero la política le absorbía la mayor parte del tiempo, habiendo tomado parte con Narváez, Córdoba, O'Donnell y los demás jefes militares de la emigración, en ir preparando los acontecimientos de 1843 que produjeron la caída de Espartero. Fué secretario del *Comité* que se formó en París con este objeto y firmaba sus comunicaciones *Juan de Alvarado*.

Fundó en aquella época, en colaboración con su íntimo amigo D. Eugenio de Ochoa, la *Revista enciclopédica*, que se publicó durante dos ó tres años, y que obtuvo gran éxito, principalmente en América. Tradujo un *Manual de Mitología* que se vendió mucho, y colaboró en varios periódicos franceses, cuyo idioma conocía á la perfección.

En el precioso lago de Enghien, cerca de París, iba casi todos los domingos á remar, que era una de sus grandes diversiones, y por el bosque de Montmorency se le encontraba con frecuencia á caballo, en compañía de los emigrados españoles. Siempre recordaba con placer aquellos años pasados en Francia, donde nacieron algunos de sus hijos, y que fueron precursores de las altas posiciones que ocupó luego en España.

El Patriarca del valle se titula una de sus novelas, casi desconocida de la generación actual, que obtuvo buen éxito, aunque no tanto como su primera novela *Ni rey ni Roque*, á pesar de ser superior á ésta. Pero se publicaron en épocas bien distintas. Su primera obra en ese género que tanto gusta al público, salió á luz en la época del romanticismo, poco más ó menos cuando Larra daba el *Mañas*, Villalta *El golpe en vago*, Ochoa *El Auto de fe*, y cada una de estas novelas era un acontecimiento literario y objeto de reñidas discusiones entre clásicos y románticos...

Escosura fué uno de los campeones, de la nueva escuela, y cuando se fundó *El Artista*, que fué en la prensa su órgano más autorizado, publicó en las

columnas de aquel precioso semanario una composición poética que remitió desde Pamplona, donde se hallaba de guarnición, que se recitaba en todas las tertulias y en todos los cafés de Madrid. Titulábase *El bulto vestido de negro capuz*.

He dicho que esta poesía, romántica en grado superlativo, la escribió en Pamplona, donde le llamaban los deberes militares. Allí contrajo matrimonio con una señorita de la población, muy bella por cierto, de la que tuvo varios hijos, dos de ellos militares como su padre. En el hogar doméstico era Escosura un modelo de padres cariñosos. Recuerdo que una mañana estaba su señora muy apurada porque advirtió que uno de sus hijos no había entrado á dormir aquella noche.

— ¿Qué le habrá pasado?, exclamaba muy apurada la madre.

— No te atormentes, mujer, contestó Escosura con mucha calma, mientras que le estaba afeitando el barbero, y ten por seguro que lo ha pasado mejor que nosotros.

Es de suponer que D. Patricio tenía razón, porque al poco rato entró el joven muy contento.

No menos romántico que *El bulto vestido de negro capuz* fué su drama *La corte del Buen Retiro*, cuyo protagonista era el conde de Villamediana, y que se estrenó con buen éxito en Madrid por los años de 1835 ó 36, así como también alcanzó merecidos aplausos la *segunda parte* de este drama, que estrenaron Latorre, Matilde Díez y Teodora Lamadrid el año 1844.

Los triunfos escénicos le halagaban sobre manera, mucho más que los triunfos parlamentarios, y sin embargo, Escosura era mejor orador que autor dramático. Su facilidad de palabra era sorprendente y sus recursos oratorios envidiables. En una de las elecciones para diputados á Cortes más reñidas, durante la época de los moderados, se presentó candidato por Madrid. Tuvo necesidad de acudir en un solo día á cuatro colegios electorales, y en cada uno de ellos pronunció un discurso de padre y muy señor mío, dejando atónitos á sus electores y á los individuos de la mesa. Siendo ministro de la Gobernación, en la última época del *bienio* de 1854 á 1856, sostuvo ardientes discusiones con Nocedal por un lado, y por otro con la oposición republicana. A todos los ponía en su sitio, como suele decirse, con un desenfado singular.

Pero Escosura se empeñaba en ser autor dramático, y de vez en cuando daba señales de vida, ora haciendo representar su drama *Bárbara de Blumberg* (la madre de D. Juan de Austria), ora una comedia de costumbres, titulada *Las Apariencias*, que se estrenó en el teatro Español siendo comisario regio D. Ventura de la Vega, que ayudó á su autor en los ensayos; así es que la ejecución resultó admirable.

— Este Ventura es fenomenal, exclamaba D. Patricio después de cada ensayo. ¿Querrán ustedes creer que esta escena que me parecía á mí tan mala cuando la escribía, me resulta ahora buena?

Los actores, muy ufanos, tomaban para sí el elogio, Escosura se contentaba con decir al oído á su amigo Ventura:

— Míralos qué felices, parecen pavos reales.

En aquel mismo teatro Español se representó una muy discreta refundición que hizo de la comedia de Lope titulada *Rico y pobre trocados*, ó *las flores de Don Juan*, y en aquel mismo coliseo había aplaudido el público otros dramas suyos, uno de ellos cuyo protagonista era Hernán Cortés.

Como hubo una época en que la *zarzuela* estaba muy en boga, quiso aumentar el repertorio, y escribió *El sueño de una noche de verano*, que gustó mu-

cho y que produjo buenos rendimientos al autor, siempre necesitado de ellos. Escosura ganaba bastante, pero era muy gastador, por necesidad y por naturaleza. Era un hombre espléndido en todos los actos de su vida. Pobre y emigrado en París fumaba

cuya actividad no decrece y cuyo buen humor es siempre el mismo, y cuyas aficiones son siempre las de sus mocedades y la de su edad madura. Allí, en esa habitación de la calle de la Magdalena hace construir un teatro casero, en donde con decoracio-

escena. Allí encontré á varios literatos, entre otros el docto y concienzudo biógrafo del autor de *La verdad sospechosa*, mi inolvidable amigo D. Luis Fernández-Guerra; al poeta y novelista Teodoro Guerrero, que como vive felizmente no quiero aplicarle ningún adjetivo que, dada nuestra fraternal amistad, podría parecer apasionado, y á otros pocos que no recuerdo en este momento quiénes eran, y que oyeron, como yo, con gran deleite, leer á su autor, con aquella voz tan melodiosa, un drama titulado *Noches lúgubres*, y cuyo protagonista era D. José de Cádiz, que fué como él militar y poeta. Fué aquella reunión como el canto del cisne para Escosura. No creo que ese drama se haya representado jamás, y después no volvió á reunir á sus amigos ni escribió más para el público. Los achaques y sobre todo los desengaños fueron minando poco á poco aquella individualidad tan activa, aquellos ímpetus que le condujeron á representar un papel tan importante en la literatura española contemporánea y en las convulsiones políticas de nuestra patria.

CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO

LA QUINTA DE SALUD DEL CENTRO GALLEGO EN LA HABANA

Las regiones españolas que mayor contingente prestan á la emigración á la isla de Cuba, son indudablemente Cataluña, Asturias y Galicia. Los catalanes, asturianos y gallegos han llegado á formar en las principales poblaciones de aquella Antilla importantes asociaciones, entre las cuales sobresalen, como es natural, las que se han establecido en la Habana, y al agruparse no sólo han tendido á la asociación para simple recreo, sino que han procurado y conseguido alcanzar fines más elevados, como el mutuo socorro y la asistencia benéfica, creando instituciones que respondan á esas necesidades, nunca con tanta intensidad sentidas como cuando se está lejos de la madre patria y separado de la familia.

El Centro Gallego de la Habana es una asociación que cuenta con nueve mil socios y posee una hermosa Quinta de salud, denominada La Benéfica del Centro Gallego, situada en los pintorescos alrededores de aquella población. En ella son asistidos los enfermos, que encuentran allí la más esmerada asistencia y los cuidados más solícitos, merced á los cuales recobran la salud muchos que atendidos en otras condiciones sucumbirían á sus dolencias, agravadas por la soledad y por la nostalgia.

La Quinta de salud, cuya vista publicamos en



BENDICIÓN DE LAS OBRAS DE AMPLIACIÓN DE LA CASA DE SALUD DEL CENTRO GALLEGO DE LA HABANA (de fotografía remitida por los fotógrafos Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

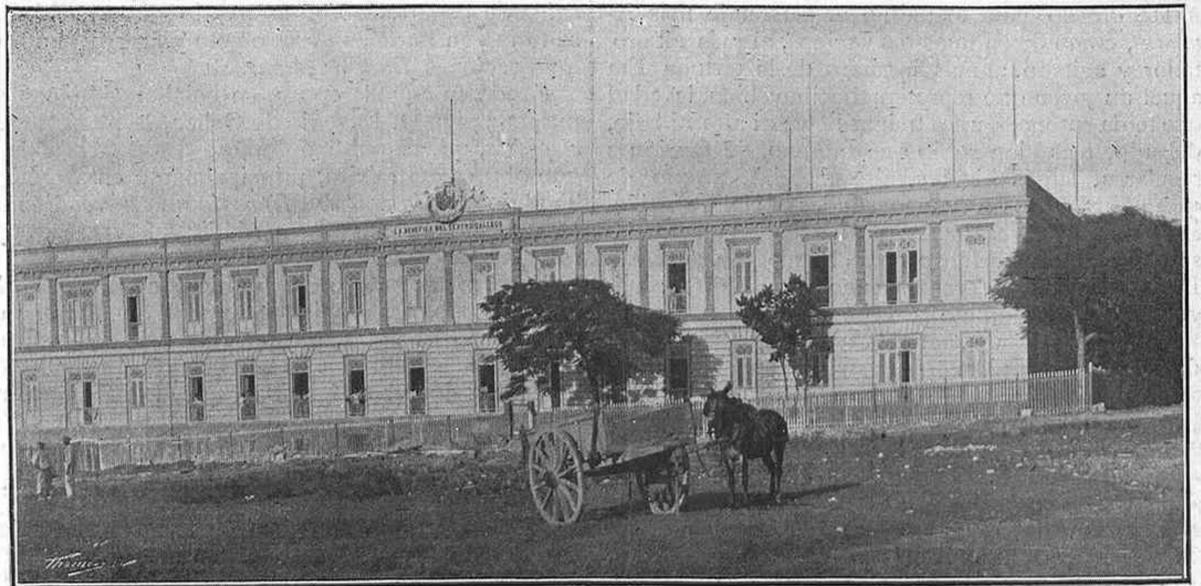
siempre cigarros habanos. En Madrid vivió una infinidad de años como un príncipe. Sus reuniones literarias tenían fama. Todos los miércoles abría sus salones de la calle de Atocha á sus compañeros de Academia, á los literatos y periodistas, á los hombres políticos, diplomáticos y generales, y á varias damas, entre ellas á la entonces bellísima y gallarda condesa de Teba, que debía poco tiempo después compartir el tálamo nupcial con el emperador de los franceses. Brillantes eran esas recepciones semanales en casa de Escosura, y en una de ellas leyó Rubí su drama *La corte de Carlos II*, que prohibido pocos días después por la censura, que era entonces bastante severa, no llegó á representarse, á pesar de las activas diligencias de su autor y de los amigos de éste, entre otros Escosura, lo que produjo gran sensación entre la gente de letras y fué motivo de disgustos en las esferas gubernamentales.

En otra de esas reuniones se leyó una sátira sangrienta que escribió Ferrer del Río contra Villergas, en contestación á la que este escritor satírico había publicado contra muchos de los tertulianos de Escosura. Éste amenizaba sus recepciones con espléndidas cenas y con el juego de las *quinzenas*, que cuando tomaban parte en él *jugadores* como Martínez de la Rosa, D. Juan Nicasio Gallego, la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, Donoso Cortés y otros por el estilo, me río yo del tresillo, del ajedrez y de cualquier otro juego... Verdad es que las *quinzenas* más que juego es un *tour de force* de la inteligencia y de la memoria.

Después de aquellos años transcurridos en medio del fausto y de los honores que se tributaban por lo general á los que, como Escosura, ocupaban grandes y codiciados puestos en la administración y en la diplomacia, vinieron tiempos menos prósperos. En una apaciosa, pero modesta casa de la calle de la Magdalena, le encontramos reunido casi con una nueva familia. Su esposa ha muerto; la mayor parte de sus hijos se han casado, y él, para no vivir tan solo, también contrae segundas nupcias con una de sus sobrinas, hija de su hermano Narciso, y unos cuantos pequeñuelos y unas lindas muchachas, hijas unas de D. Patricio y otras de su hermano, llenan de juventud y alegría al que ya va para viejo, pero

nes y trajes, todo como en un teatro de verdad, se representan comedias de Tirso, de Lope, de Calderón; los actores son la esposa, los hijos, los amigos de D. Patricio, convertido en director de escena, en *acomodador*, pues él iba colocando á sus espectadores con la amabilidad que le distinguía; era á veces el *apuntador* y casi siempre el *traspunte*.

Ratos verdaderamente deliciosos hemos pasado en aquellas funciones, que resultaban casi perfectas, pues no sólo Escosura, sino Ventura de la Vega, Luna, el antiguo actor que desempeñaba entonces



LA BENÉFICA, CASA DE SALUD DEL CENTRO GALLEGO DE LA HABANA (de fotografía remitida por los fotógrafos Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

la cátedra de declamación en el Conservatorio de Madrid, eran los directores de escena de aquellos aficionados jóvenes y entusiastas.

Una mañana recibí una carta de D. Patricio para que acudiese aquella noche á su casa, para oír la lectura de un drama suyo, que deseaba dar á conocer á algunos amigos íntimos antes de lanzarlo á la

esta página, ha tenido que ser ampliada recientemente: el acto de la bendición de las obras, que también reproducimos, resultó solemnisimo.

Las fotografías que para estas reproducciones hemos utilizado nos han sido remitidas por los conocidos fotógrafos de la Habana Sres. Otero y Colominas. - X.



LA VOZ DE LA CONCIENCIA, cuadro de Laurenti

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SAN SEBASTIÁN

De algunos años á esta parte, la corriente de la emigración veraniega española hace un gigantesco remanso en San Sebastián; pero si vale la sinceridad, es preciso reconocer que ya el remanso disminuye y que la linda capital de Guipúzcoa ve palidecer su estrella.

Y es natural. Los precios se han remontado de tal suerte, que por una habitación del tamaño de un pañuelo en el tercer ó cuarto piso de un hotel, se piden con la mayor frescura cuatro y cinco duros diarios. Las diversiones de San Sebastián, que son muchas, van también en alto grado contra el bolsillo: el casino es un censo cotidiano de tres ó cuatro pesetas (esto sin dejarse tentar por los famosos *caballitos*, de que luego hablaré); las *cestas* de paseo valen la mitad más caras que los coches de punto de Madrid; las exigencias de la vanidad obligan á llevar gran surtido de ropa de todas clases, porque desde las diez de la mañana se emperjila la gente, y para el casino, las noches de cotillón, se exhiben lo que nuestros vecinos llaman *toilettes catapulteuses*; el palco en los toros, que parece entero y resulta medio (ya diré en qué consiste este milagro), cuesta veinte duros como veinte soles; y así sucesivamente, no hay cosa que no se pague á peso de oro en San Sebastián.

A esto dicen los fondistas y demás naturales que cobran «que como la temporada ó *season* de San Sebastián es brevísima y hay quien la reduce á sólo la *gran semana*, en pocos días de agosto necesitan hacer su ídem, y sacar el jugo al capital invertido en edificio, mobiliario, servicio, etcétera.» Razón convincente para ellos, y no tanto para el veraneante. Alegan también que San Sebastián es corte y que está á dos pasos de Francia. ¿Y qué importa que San Sebastián sea corte, si por los gustos y hábitos de Su Majestad la reina y por las calamidades de la nación rarísima vez da la corte fiesta alguna, ni se ve á las personas reales sino cometiéndolo la indiscreción de ir á atisbarlas á la playa, mientras respiran el aire del mar, pues el baño se lo han prohibido los médicos? En cuanto á la proximidad de Francia, los trenes están organizados de tal manera y el doble registro es tan impertinente, que ir por recreo á Francia desde San Sebastián, sería un colmo. El viaje á Biarritz, que debería ser cuestión de hora y media, dura lo menos cuatro, y con la pensión insufrible de comer en la estación de Hendaya ó de Irún.

Si bien es verdad que en San Sebastián abundan las diversiones, para el veraneante que no esté muy relacionado é introducido en el gran mundo pueden hasta faltar, ó reducirse al sempiterno discurrir por el *Boulevard* y la Concha, donde como arcaduces de noria van y vienen los que pasean. La gente de la clase media, alegre y aficionada al *trato*, corre peligro de encontrarse aislada en San Sebastián. Los viajeros familiarmente llamados *de botijo* van prefiriendo pasar el calor en puntos donde la sociedad es limitada y franca, los goces iguales para todos, y donde todos, por consiguiente, se conocen, se hablan y fraternizan. Los risibles episodios de la comedia titulada *San Sebastián mártir*, ya no se reproducen, porque las bolsas chicas huyen de aquí; y como estas bolsas, chicas y todo, eran las que engordaban el caldo al pueblo de San Sebastián, he oído hablar varias veces de crisis y de bancarrota, y he observado desanimación en las calles, *truenos* en las compañías de teatro, soledad en los cafés, desaliento en los establecimientos comerciales y, según noticias de los que conocen á San Sebastián de antiguo, cierto vacío en el casino y en la misma playa.

El espectáculo que ésta ofrece es animado, aunque yo no sé cómo hay papanatas que se abonen á él, y se pasen la mañana entera en el balcón corredor de la *Perla*, inmensa caseta de baños, asestando los anteojos marinos á cuanta desgraciada señora entra en el salobre elemento. Y cuenta que lo de *desgraciada* no lo digo sólo porque es harta desdicha bañarse con tanto público, sino porque, en general y sin negar que habrá brillantes excepciones, no son las gracias lo que más abunda en las bañistas de la *Perla*. Mujeres que vestidas de calle parecen hermosas, dejan de serlo en cuanto se embuten la cabeza en el gorro de hule y las flautas en los pantalones y los pies en las alpargatas. Si fuesen coquetas las bañistas, se envolverían todas — como se envuelven muchas — en una capa de hule con capuchón, que las tapase por completo, y que resguardando la decencia, no exhibiese delgadeces y obesidades que el traje de baño exagera hasta la caricatura. Siempre me ha causado sorpresa ver que las señoras, que en la vida normal antes se dejarían matar que salir á la calle enseñando los brazos y luciendo las canillas, en tratándose de

baños de mar se lanzan á la exhibición, desdeñando hasta las leyes más elementales del recato y de la estética. Sólo la galería de curiosos impertinentes que las examina debiera molestarlas. ¡Y la salida del Océano! Estremecen aquellas ropas pegadas á la carne y chorreando, aquellos lívidos rostros, aquellos pelos pegados á la faz — el aparato del naufragio, en toda su tristeza.

Sin embargo, cuando el sol, ostentándose en un cielo sin nubes, reverbera sobre el azul intenso del agua; cuando la arena espejea y los montes que cierra la Concha parecen brillar también, el cuadro de la playa no cabe duda que es regocijado, hasta chillón. Las innumerables casetas, pintadas de blanco y verde; los tendaderos con tanta trapería, tanto calzón, tanto taparrabos de rayas rojas y amarillas; los chiquillos elegantes, escotados y descalzos de pie y pierna, revolcándose en la arena ó avanzando juguetones para que la ola los atrape; los trajes claros y bonitos de las bañistas, los enormes sombreros de paja floridos como macetas, la nota fina y viva de las transparentes sombrillas de seda, de las blusas charras y de los metálicos cinturones, forma un conjunto muy alegre de colorido y al pronto entretenidísimo.

Apenas sopla la galerna y se entolda el cielo y el mar parece ceniza sucia, se rompió el encanto. Y estos cambios de tiempo repentinos son en San Sebastián muy frecuentes. De cada cuatro días llueve tres y truena uno; el galernazo sopla furioso, los relámpagos se suceden, las ventanas crujen, el viento terral abruma, ráfagas de boca de horno azotan la cara, y hasta que revienta la nube y vacía sus ollas sobre la tierra, no se puede respirar ni vivir. En San Sebastián existe una especie de superstición curiosa. Afirman, alegando pruebas, que el activo y complaciente empresario Arana tiene subvencionada la estación meteorológica del cielo, y que cuando anuncia una corrida de toros, aunque hayan caído chuzos toda la mañana, á la hora de la fiesta se aclaran las nubes y se contiene el aguacero. Al toque de muerte del último buey, caen las primeras gotas del nuevo chubasco.

Es justo decir que aun con este clima variable y revuelto es muy bonito el pueblo de San Sebastián. Limpio, llano, tirado á cordel, reedificado con lujo, pobladas de árboles sus anchas calles, lo hermosean especialmente los soberbios edificios públicos, el palacio de la Diputación y los innumerables palacetes, quintas, *chalets*, pabellones, que hormiguean en sus cercanías. Si la gente modesta huye — y con razón — de tan cara ciudad, en cambio la *high life*, que se ha construido deliciosas residencias, veranea gustosa aquí, y forma sus círculos y tiene sus reuniones y sus meriendas con *tennis* y sus excursiones en *yacht* — de todo lo cual ni se entera el honrado vecino de la calle de Postas, que con ánimo de echar una cana al aire se hace unos días donostiarra.

El casino es el mejor de España, tal vez el mejor de Francia, y de seguro uno de los mejores de Europa. En él, como en aguas neutrales, se encuentran y se reúnen las dos sociedades, la alta y la media; y los días de gran entrada, de corridas, cohetes, *zentzentzusco* y cotillón, hasta aparece por allí, á guisa de cometa descarriado, la extranjera estrepitosamente vestida, más pintada que un coche, con los ojos alcoholados y las orejas adornadas por sospechosas y descomunales perlas. A diario, siempre se baila en el casino, y claro está que siempre se juega. Omitiendo otros recreos, hablaré sólo del de moda, los *caballitos*. Los considero una especie de ruleta, pero una ruleta adámica, infantil, humorística. Consiste en una gran mesa clásicamente forrada de paño verde, y por la cual un mecanismo hace correr unos nueve ó diez caballos con sus jockeys, imitando los lances de una carrera hípica. Se aventura por aquel caballo ó por este, por el jockey azul ó el jockey encarnado, y según llegan á la meta es la ganancia. Este juguete tienta á las señoras y á los niños: la módica puesta de una peseta y el posible reintegro de ocho ó diez, ilusoria; se juega sin sentir, y se puede perder en una noche, á la callada, bastante dinero. El argumento es que la banca gana siempre y puede embolsarse todos los días ochenta ó cien pesos — tal vez más.

San Sebastián ha servido de vehículo para que nuestros vecinos se aficionen de tal manera á nuestra fiesta nacional taurina, que curada Francia desde hace tiempo de su antigua manía de asonadas y revoluciones, vuelve á alborotarse ahora, sólo por los toritos á la usanza de España. Las corridas atraen un aluvión de franceses. No se oye el domingo sino francés por todas partes, y las mesitas de los *restaurants* al aire libre las tienen ellos embargadas. No se crea que vienen sólo de Bayona, San Juan de Luz, Biarritz, etc. En Burdeos he visto vender como pan billetes para los Veraguas del 25. Sólo con la ventaja del cambio, pues le pagan á razón de franco la

peseta en dinero francés, saca el empresario buen partido de esta afición reciente y decidida.

He dicho que en la plaza de San Sebastián lo que parece un palco resulta medio, y así es, y esta singularidad da lugar á incidentes curiosos. En otras plazas españolas, los palcos están comprendidos entre dos divisiones de tabla. En San Sebastián la división encierra dos órdenes de gradas separadas sólo por dos peldaños de una escalera sin balaustrada, y cada lado es un palco para la taquilla. Compra un forastero de distinción — el rey de Servia, por ejemplo — un palco, cree estar solo ó con su alta servidumbre, y está en familia con Perico de los Palotes, personaje español muy clásico y confiado.

Unas tertulias características de San Sebastián son las que se forman en las terrazas de las fondas de la Concha. Huyendo del olor á comida y del ahogo de los locutorios públicos, salen las señoras á respirar en las terrazas, absorbiendo el aire del mar y curioseando á la gente que pasea. Las terrazas son el mentidero social y político de San Sebastián. En la de Romero Robledo es diaria la tertulia.

En pocas palabras se resume el problema de San Sebastián. El pueblo es caro porque la gente va poco tiempo, y la gente va poco tiempo porque el pueblo es caro. Se avendrá á la razón, forzosamente, el pueblo, si no quiere sucumbir ante la mortal competencia que le hacen otras playas donde la vida es más rústica, más natural, menos remedadora de la de Madrid, y sobre todo, más barata, gran mérito en estos tiempos de penuria y de lucha económica. Lo deseo por esa que los periódicos llaman *la bella Easa*, y que por la laboriosidad y honradez de sus moradores es digna de mejor fortuna de la que al parecer se le prepara en no remota fecha.

EMILIA PARDO BAZÁN

CRÓNICA PARISIENSE

Entre los géneros de *sport* á que han mostrado siempre decidida afición los parisienses de pura raza, figuró en primer término el *canotage* antes de que el ciclismo triunfase en toda la línea.

El Sena y el Marne, que serpentean por la cuenca vastísima cuyo centro ocupa la gran ciudad, convidan á los paseos en barca; y no todos los canoeros se contentan con ir al remo, que es lo clásico del ejercicio en estas aguas fluviales de frecuentes angosturas; algunos van á la vela, á riesgo de zozobrar en los cambios de rumbo ó de embarrancar á cada momento en las siempre cercanas orillas.

Por los años de 1880 á 1885, figurando yo entre los *canotiers* más asiduos del Marne, asistí en las intermediaciones de Nogent á muchos naufragios de elegantes veleros. Sólo recuerdo á un nauta que evolucionó durante todo un verano con un pequeño buque de vela sin sufrir naufragio ni accidente alguno; era el hijo de Mariette-Bey, el célebre orientalista que con Maspero y Champollion han valido á Francia la conquista del Egipto epigráfico y monumental.

Las hazañas náuticas del joven Mariette tuvieron desastrosas consecuencias para sus imitadores, entre Noisy y Joinville. Tengo aún presente en la memoria todos los detalles del naufragio de una flamante balandrita montada por un joven portorriqueño llamado Figueroa, que hoy debe ser médico sesudo y grave en algún pueblo de la pequeña Antilla, y que era entonces uno de los estudiantes más revoltosos del Barrio Latino. Durante las vacaciones se pasaba la vida, como muchos de sus colegas, dándose en canoa ó en esquife paseo arriba y paseo abajo por el río, entre Chelles, estación veraniega de poetas y pintores, y Charenton, célebre por el manicomio adonde han ido á parar muchos de aquellos veraneantes. Cansado de ir al remo y envidioso sobre todo de los éxitos de Mariette, Figueroa armó de grandes velas una diminuta canoa *insubmersible*, cuya botadura debía celebrarse con una suculenta comida en Bécus, único *restaurant* confortable que existía en aquella época á orillas del Marne. Amigos y amigas llenábamos el pontón donde el portorriqueño se embarcó con una compañera en la pequeña nave, al pie del monumental viaducto de Nogent. Un ¡hurra! general estalló en el momento en que la simpática pareja se hacía á la vela con viento fresco; pero aún no se habían extinguido en las arcadas del viaducto los repetidos ecos de nuestras aclamaciones, cuando, á la primera bordada, el viento hinchó las velas de costado y la barca zozobró instantáneamente. Un grito general de espanto sucedió á las exclamaciones de alegrías. En el rápido vuelco, los tripulantes habían sido proyectados al agua. Figueroa se salvaba á nado, sin acordarse de su compañera, que manoteaba como una perrita, sostenida á flote por el vestido, pero que iba á sumergirse de un momento á otro. Quité-

me rápidamente la americana, única prenda de cuerpo que todo buen *canotier* lleva sobre la rayada camiseta fuera de á bordo, y me arrojé al río, operando el salvamento de la muchacha como hubiera podido hacerlo un perro de Terranova - y perdónese me la inmodestia. - El accidente no tuvo graves consecuencias. Blanca (así se llamaba la joven del naufragio) no había tragado más que unos cuantos sorbos de agua; se repuso en seguida del susto y vistió de canoero mientras se-
có su traje. Verificóse en casa de Bécus la comida preparada á base de perdicés, y el portorriqueño *plegó velas* para no volver á navegar más que al remo. Hace dos años saludóme á cierta distancia, en el Bon Marché, una señora de grave aspecto; acerquéme; era Blanca, la mismísima Blanca de Nogent, la cual me anunció que era doctora en medicina, y que no me ofrecía sus servicios porque no había olvidado *que me debía la vida*.

Se establece entre *canotiers* una agradable intimidad, parecida á las amistades de colegio, que difícilmente se entibia. Rara es la barca de recreo que no sea tripulada por varios amigos, copropietarios de la embarcación. Los *ases* y las *périssoires* de dos remos sirven comúnmente para regatas. El clásico *canotage* se hace en esquifes y canoas de dos ó más remos y timón. Este suele ser manejado por manos femeninas. Las parisienses adoran el *sport* náutico, para el cual visten elegantes trajes *ad hoc*. Son muchas las que no se contentan con hacer de timoneras, sino que gustan de remar, aun á costa de hacerse callos en sus manos delicadas, que el guante siempre ha protegido. Las hay que se pasan la vida á bordo. Hasta cuando el río está en calma, cuando ningún remo lo agita, se ven amarradas á los sauces que mojan sus colgantes ramas en la mansa corriente numerosas barquichuelas en que duermen la siesta solitarios *canotiers* ó parejas amorosas.

Muy distinta de la hora de la siesta es la del baño. Hay, á lo largo del río, muchos remojaderos humanos más ó menos cómodos; pero éstos son buenos para el común de los mortales. Todo *canotier* que se respeta toma su baño en torno de su propia barca, en la cual se desnuda y se viste con todas las precauciones que el pudor requiere. Para este placer higiénico suele escoger un lugar propicio, una diminuta ensenada, al abrigo de cualquier islote, entre espeso ramaje. Si la barca ha de servir para alguna mujer, va provista de una escala de quita y pon. Los enemigos del aislamiento y la soledad se bañan junto á los embarcaderos, dando á este ejercicio el carácter de una diversión en común. Algunos tienen su vestuario en el depósito de sus embarcaciones. Otros hacen su *toilette* al aire libre, en los pontones de embarque, con un escabel por asiento, guardarropa y tecedor.

Aunque el baño suele abrir el apetito, el *canotier* no pierde nunca la costumbre de tomar el aperitivo

media hora antes de comer. De seis á siete de la tarde se hace en los cafés ribereños un gran consumo de *vermouth*, de *absinthe* y de amargos de diversas marcas privilegiadas sin garantía de salud. Por regla general, el *canotier* tiene buen diente, pero es algo sobrio en la bebida; se acuesta temprano y madruga para dar su acostumbrado paseo matinal, que le ofrece mil delicias.

Los domingos sale de su vida ordinaria para asis-

matinales por el Sena. El *canotier* más distinguido de la compañía era el malogrado Guy de Maupassant, que había fijado su residencia en Chatou. Nuestro principal centro de reunión era Bougival, pueblo equidistante entre Rueil y Marly, pintoresco y alegre, célebre, como queda dicho, en los fastos del *canotage* y del *cancán*. A excepción de Guy, íbamos todos diariamente á París. El que más, empleaba una hora en trasladarse de su casa de campo á la redacción de su periódico; y cada treinta minutos iba y venía un tren de París á Saint-Germain, que empalmaba en Rueil con el tranvía de Marly-le-Roy, movido por aire comprimido. A veces faltaba aire en los pulmones de la máquina, y el pequeño tren se detenía en el camino, hasta que otra máquina, de aparato respiratorio más repleto, acudía á sacarlo del atolladero.

Regresábamos de nuestras tareas periodísticas á la hora del aperitivo, y apenas habíamos bajado del tranvía, junto al puente de Bougival, cuando veíamos á Guy acercarse con su barca á la orilla y saltar á tierra con la agilidad de un acróbata.

Su traje de *canotier* dejaba ver la robustez de su cuerpo. Era de estatura regular, y de sus anchas espaldas surgía un vigoroso cuello que sostenía su cabeza rubia, de elegantes líneas. El manejo del remo había desarrollado extraordinariamente la musculatura de sus brazos, y en sus frecuentes paseos por el sol, se había bronceado su cutis. Parecía una hermosa estatua

viviente, con mucha dulzura en los ojos y mucha bondad en la expresión. Y en efecto, Guy era bueno y afable, aunque su persona parecía envuelta siempre en una nube de melancolía que inspiraba interés y afecto.

En cualquier terraza de *mastroquet*, de las que miran al Sena, nos reuníamos alrededor de una mesa para tomar la *absinthe* ó el *vermouth* los compañeros en letras, los hermanos en periodismo que veraneábamos en aquella hermosísima comarca.

De los más asiduos eran León Diertz, el delicadísimo poeta coronado por la Academia Francesa; Edmundo Lepelletier, tan célebre por sus numerosos desafíos como por la prodigiosa fecundidad de su pluma; Emile Richard, que murió siendo presidente del Consejo Municipal de París; Víctor Simond, director del *Radical*, y su hermano Enrique, administrador del mismo periódico; Luis Javier de Ricard, fundador de la *Revista del Progreso* y del *Parnaso contemporáneo* francés, gran apóstol de la alianza latina; Henry Maret, una de las grandes figuras del Parlamento y de la prensa; Guy de Maupassant, á quien todo sonreía: fortuna, gloria, salud, amor, y sin embargo era el menos risueño de todos los camaradas. Pero voy á terminar refiriendo el episodio de mi vida en que dí el último abrazo al autor de *Bel ami*.

Había sido yo llamado á encargarme de la secretaría de la Exposición universal de Barcelona, y Edmundo Lepelletier se dignó obsequiarme, en su casa



EL CANOTAGE EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS. - La partida, dibujo de Salvador Azpiazu

tir á los bailes que en honor del gremio se dan en varios establecimientos de las riberas del Sena y del Marne. Los que más justa fama han adquirido durante el último Imperio y la República, han sido los de Bougival y de Convert. Este se encuentra sobre el Marne, al extremo inferior de la isla de los Lobos, entre Nogent y Joinville. Hoy es, sin duda, el baile más bullicioso de las cercanías de París, pues se ha concentrado por aquel sitio el *canotage* que se halla en decadencia en Bougival, donde antes tenía su trono. Los *canotiers* del Sena, que hasta hace poco se divertían entre Port-Marly y Chatou, se han subido á Asnières y Courbevoie, y el famoso baile de Bougival, donde han danzado frenéticos *quadrilles* los artistas y escritores más ilustres con las *cocottes* más renombradas de estos tiempos, no es ya sombra de lo que fué.

Al llegar á este punto, una profunda emoción embarga mi ánimo, y mi pluma cede al prurito de referir otros episodios relacionados con felices épocas de mi vida. Permítaseme recordar, sin falsa modestia, un almuerzo con que uno de los periodistas más fecundos de nuestros días me obsequió en Bougival, en compañía de un núcleo de escritores que hoy gozan de fama europea.

Era á mediados de 1886. Gran número de redactores del *Mot d'ordre*, el *Radical* y el *Eco de París* veraneábamos entre Port-Marly y Chatou. Eramos todos aficionados al *canotage* y solíamos dar paseos



EN LOS JARDINES DEL LUXEMBURGO, CUADRO DE A. EDELFELT

de Bougival, con un almuerzo de despedida á que fueron invitados nuestros comunes amigos de mayor intimidad.

La mesa estaba servida en una terraza de madera que avanzaba sobre el río. En el momento de trasladarnos del salón en que habíamos tomado algunos aperitivos al comedor aéreo, Lepelletier quiso despejar la mesa y tiró violentamente de una de las cajas de arbustos que guarnecían la terraza. De pronto se oyó un crujido formidable, al mismo tiempo que se hundía parte del tablado, desapareciendo como por escotillón Lepelletier, las cajas y la mesa.

Nos precipitamos al lugar del siniestro, pero nadie se atrevía á acercarse al resquebrado boquete, que parecía, con las astillas de los bordes, las abiertas fauces de un monstruo. Todo había ido á parar al Sena; y como al estruendo de la vajilla al caer envuelta en lo demás, sucediera el silencio más profundo, todos temimos por la vida del anfitrión.

De pronto suena una carcajada detrás de nosotros. Nos volvemos y nos reímos también al ver á Lepelletier completamente ileso, pero mojado como una sopa. Después de su inesperada zambullida, había subido tranquilamente por la escalera que conducía del río al jardín.

Una hora después quedaba otra mesa servida en el comedor; y ya pueden ustedes suponer el ingenio que se derrochó en aquella ágape de la amistad, entre cuyos comensales había escritores como Henry Baüer, Maxime Boucheron y Guy de Maupassant.

JUAN B. ENSEÑAT

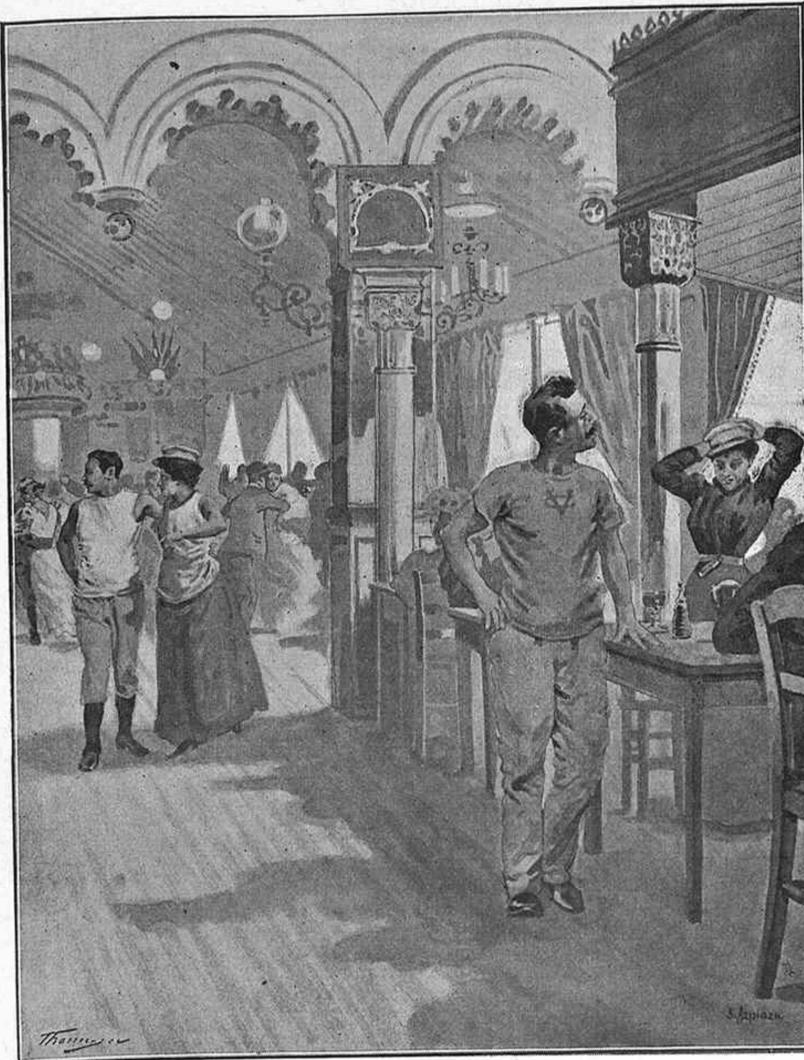
NUESTROS GRABADOS

La voz de la conciencia, cuadro de Laurenti. — Los apasionados conceptos, las halagadoras promesas de uno de esos hombres de mundo cuya misión parece ser únicamente llevar los más funestos trastornos al seno de las familias han puesto á la dama del cuadro de Laurenti al borde de la pendiente que más ó menos tarde conduce á la desesperación. En el momento crítico, sin embargo, el recuerdo del esposo y del hijo asalta su mente, y ante la voz de su conciencia vacila y se detiene en el camino de su perdición. La lucha que en su alma se enciende entre el deber y los impulsos de su corazón, es decisiva: su propio porvenir, la felicidad de los suyos, todo depende de aquel acto, el más trascendental de su vida. ¿Cuál de aquellos dos sentimientos vencerá? El autor del cuadro no ha hecho más que plantear el problema, y justo es consignar que para su hermosa obra ha sabido escoger una idea de trascendental importancia y darle forma en el lienzo con un vigor y una sobriedad que sólo alcanzan los artistas verdaderamente inspirados, los grandes maestros en el arte pictórico.

En los jardines del Luxemburgo, cuadro de Edelfelt. — En la primera de las *crónicas parisenses* que venimos publicando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA decía nuestro distinguido colaborador el Sr. Enseñat, hablando de los jardines públicos parisenses: «Los niños juegan bulliciosamente en los senderos enarenados entre cuadros de flores. Las niñas, sentadas en los bancos, charlan y ríen y entornan, á veces, los ojos deslumbrados por algún vistoso uniforme militar.» Esta descripción hecha en pocas palabras, pero exactísima, cuadra perfectamente al cuadro de Edelfelt que publicamos y en el cual el pintor ha reproducido con gran talento el

delicioso espectáculo que ofrecen los jardines del Luxemburgo en una de esas tardes primaverales en que todo convida á gozar de la naturaleza que comienza á vestirse con sus más hermosas galas.

El Céfito y las Brisas, composición decorativa por Manuel Domínguez. — Si dificultades ofrecen todas



EL CANOTAGE EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS. — El baile de can, dibujo de Salvador Azpiazu

las ramas en que se subdivide la pintura, mayores han de ser y excepcionales aptitudes exige en el artista la llamada mural ó decorativa, destinada á producir determinados efectos y á completar la ornamentación interior de los edificios. En este género especial, cultivado sólo por los grandes maestros, hase distinguido el que lo es también D. Manuel Domínguez. Muestra de ello es el grandioso tríptico representando la Porciúncula, que decora el altar mayor de la iglesia de San Francisco el Grande de la coronada villa, más museo que templo, puesto que en su preciosa rotonda y capillas ha dejado el arte contemporáneo señales evidentes del talento de nuestros primeros pintores.

La categórica representación del céfito y las brisas forma una de las secciones de la escocia de la escalera monumental ó de honor del palacio del marqués de Linares, en Madrid, cuyos principales salones hallanse embellecidos con notabilísimas composiciones del Sr. Domínguez.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — **VENECIA.** — En la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Venecia se han vendido durante los meses de junio y julio obras por valor de 253.000 francos.

BERLÍN. — El gran éxito que ha tenido la Exposición de Bellas Artes celebrada este año en la capital de Alemania se demuestra por el hecho de haber sido visitada durante los tres primeros meses por más de 500.000 personas de pago y por el de haberse vendido en ella obras por valor de 325.000 pesetas.

EL CAIRO. — En el concurso verificado para la construcción de un Museo de antigüedades egipcias ha sido premiado el proyecto del arquitecto francés Marcelo Dourgnon, habiéndose dado comienzo á las obras de este edificio, que costará 3.437.000 pesetas.

NUEVA YORK. — El arquitecto Renwich ha legado en testamento al Museo Metropolitano de Nueva York su colección de 90 cuadros de célebres maestros antiguos.

LONDRES. — La preciosa colección de dibujos, croquis y grabados de antiguos maestros que poseía el difunto John Malcom y que había sido valuada en un millón de pesetas, ha sido adquirida por el Museo Británico por 625.000. Entre las 700 hojas de que la colección se compone, casi todas de primer orden, figuran muchas obras de Fra Angélico, Filippo Lippi, Botticelli, Ghirlandajo y Fra Bartolomeo. Hay también dos cabezas de mujeres de Rafael, varios dibujos al lápiz de Miguel Angel, la famosa cabeza de guerrero de Leonardo de Vinci y varias obras de Holbein y Durer, Rembrandt y demás maestros flamencos, Watteau, Greuze, etc.

SAN PETERSBURGO. — Por decreto imperial de 13 de abril se ha fundado el Museo Nacional Ruso, con lo cual se ha realzado la aspiración de muchos años del difunto emperador, para honrar cuyo nombre se denominará Museo Ruso del emperador Alejandro III. En él se reunirán las más notables obras de la pintura y escultura rusas, procedentes principalmente de las colecciones y adquisiciones de aquel soberano. Para instalar ese museo se ha adquirido el grandioso palacio Miguel de la capital rusa.

VENECIA. — En la Exposición internacional de Venecia ha sido otorgado el primer premio de 10.000 liras al artista italiano Michetti: han obtenido premios de 5.000 liras Max Liebermann por su retrato de Gerardo Hauptmann, Segantini, Paulsen, Trentacoste y S. Rotta. Los demás premios han recaído en Whistler, Fragiaco, Boldini y Cargnel. El premio de 1.250 liras que se destinó á la obra designada por sufragio popular lo ha alcanzado el pintor Grosso por su cuadro *La última entrevista*.

BERLÍN. — Los premios concedidos en la reciente Exposición internacional de Bellas Artes de Berlín son los siguientes: Gran medalla de oro á los pintores conde Harrach, W. Leibl y F. Roybet y al escultor Chaplain; pequeñas medallas de oro á G. Boldini y A. Harrison, de París; Sargent, de Londres; P. Schroeter y F. Roubaud, de Munich; O. Heichert, de Dusseldorf; W. Feldmann, de Berlín, y A. Ferraris, de Viena, y al escultor E. Bisi, de Milán.

MILÁN. — El conocido aficionado á las bellas artes Francisco Ponti, recientemente fallecido, ha legado en testamento á la ciudad de Milán sus colecciones de cuadros al óleo y acuarelas de artistas italianos modernos y una rica colección de antiguos objetos de cerámica. Al propio tiempo ha dejado una cantidad importante para la creación y conservación de un Museo que llevará su nombre.

BUDAPEST. — El director del Museo nacional de Budapest ha realizado recientemente un viaje artístico por Italia con objeto de adquirir obras de arte para el Museo de Historia del Arte que se va á fundar en la capital de Hungría. Las obras compradas importan la suma de 875.000 pesetas.

Teatros. — La nueva ópera de Mascagni, *Silvano*, se ha estrenado con gran éxito en el teatro Goldoni de Livorno, habiéndose repetido la mayor parte de los números musicales de la misma.

— He aquí la lista de algunas óperas de maestros italianos que han de estrenarse próximamente: *Zanetto*, ópera en un acto de Mascagni, que se estrenará en este mes en Berlín; *La fiera domada*, de Spiro Samara, en noviembre en el teatro Lírico de Milán; *Andrea Chenier*, de Giordano, en enero de 1896 en la Scala de Milán, y *Claudia*, de Coronaro, también en este mes y en Berlín, como la de Mascagni.

París. — En el teatro de la República se ha estrenado con muy buen éxito una revista de gran espectáculo en cinco actos y doce cuadros, titulada *Les Etoiles de París*, original de Pablo Burani.

Madrid. — En el teatro Eslava se ha estrenado con buen éxito una zarzuela, *Autor y mártir*, letra y música del maestro Peydró; la música es muy superior á la letra. El teatro Lara ha comenzado su temporada de otoño con la excelente compañía que desde hace tiempo funciona en aquel coliseo y de la cual forman parte las señoras Pino, Valverde y Mavillard, y los Sres. Rubio, Ruiz de Arana y Larra.

Barcelona. — Recientemente han visitado nuestra ciudad primero el Orfeón pamplonés y últimamente el Orfeón bilbaíno, que han dado algunos conciertos en el teatro Lírico y en el Palacio de Bellas Artes, habiendo producido uno y otro gran entusiasmo en nuestro público, por el gusto, ajuste y afinación con que ejecutaron algunas de las hermosas y difíciles piezas que forman su repertorio. Han comenzado su temporada de otoño los teatros Romea y Eldorado: en el primero, cuya función inaugural fué dedicada á la memoria del ilustre dramaturgo Federico Soler, actúa una notable compañía dirigida por D. Teodoro Bonaplata, y de la cual forman parte artistas tan aplaudidos como las señoras Parreño y los Sres. Soler, Borrás y Capdevila. En el Eldorado, el llamado género chico tiene excelentes intérpretes en la Pretel, la Montañés, Pinedo, Anselmo Fernández y otros distinguidos artistas. En el Tivoli sigue cantándose siempre con el mismo aplauso la bellísima ópera de Bretón *La Dolores*.

Necrología. — Han fallecido:

Luis Calperti, pintor italiano.
Augusto M. Geffroy, historiador francés, ex profesor de la Sorbona y ex director de la Escuela francesa en Roma.

Enrique Picou, pintor de historia francés.
Pawel Iwanowitsch Ssawaitoff, arqueólogo ruso, autor de un diccionario sirio-ruso y ruso-sirio.

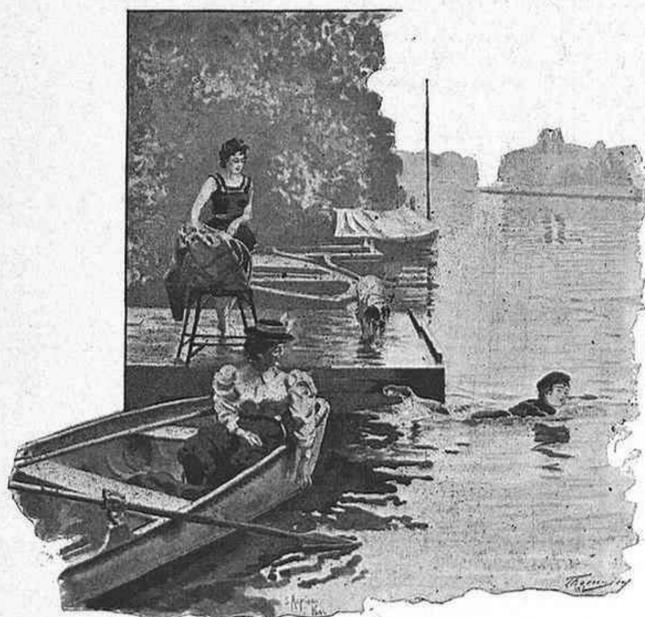
Espartaco Vera, pintor italiano.
Tomás Wade, profesor de lengua china en la Universidad de Cambridge, uno de los europeos que mejor conocían este idioma.

Ernesto Meisel, notable pintor de historia alemán.
Hipólito Raymond, autor dramático francés.
Enrique H. Emmerson, notable pintor inglés.
Clara Andersen, poetisa y autora dramática danesa.
Carlos Bennowitz, paisajista alemán.
Alejandro Bock, escultor ruso, antiguo profesor de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo.

Eduardo Kaiser, pintor austriaco.
David van der Kellen pintor, historiógrafo, arqueólogo y crítico artístico holandés.

Francisco Ponti, célebre aficionado á las bellas artes italiano y gran protector de los artistas.

Federico Schauta, pintor alemán que se distinguió especialmente en la pintura de la flora alpina.



EL CANOTAGE EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS. — La hora del baño, dibujo de Salvador Azpiazu

LA ROCA DEL TAMBORILERO

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. — ILUSTRACIONES DE ROUX

I

— ¡Padre..., padre!..

Una voz de mujer, clara y sonora, aunque algo debilitada, profería desde muy lejos estas palabras, en medio del campo, á través de los silbidos del viento, del fragor de una ráfaga tan violenta, que parecía



Gustavo Toudouze, autor de *La roca del Tamborilero*

cortar las plañideras sílabas en aquel llamamiento desesperado.

Después de algunas lamentaciones que la tempestad se llevó en sus alas hacia el Sudoeste, el resto de una frase cruzó entre el estrépito del viento, resonando con mucha claridad, á la vez que con expresión imperativa y dolorosa:

— ...¡Buque en peligro!.. en *Penn Leach ven!*..

Esta noticia cayó como un rayo sobre los pescadores.

Formando grupos, con expresión abatida, á lo largo de la playa, hacia el sitio llamado Keravesau, que constituye el lado izquierdo del puerto de Pontusval, en cuyo fondo está enclavado el pueblecillo de Brignaugan, los pescadores observaban con aire resignado y pasivo el progreso creciente de aquella tempestad del Noroeste que había descargado sobre el país por la mañana, persistiendo durante todo el día, al parecer con mayor fuerza á medida que se acercaba la noche, y lanzando una mar cada vez más furiosa contra los miles de escollos de que está terriblemente erizada toda aquella costa brava.

— ¡Un buque en peligro!..

Las bocas, las miradas, las fisonomías y las actitudes diversamente descompuestas de cada cual, repetían y reflejaban estas palabras de espanto; pero mientras que el acento vibrante de los jóvenes parecía desafiar el redoblado furor de las olas, haciendo un llamamiento al valor y la abnegación, y en tanto que sus pechos se dilataban por los impulsos generosos de su alma, en los labios secos arrugados de ciertos ancianos las mismas palabras producían un murmullo sordo y siniestro, que contrastaba con el ruido alegre de la espuma homicida en las salientes de granito.

Con la cofia en parte desprendida por la celeridad de la carrera y la furia del viento, y extendido un brazo con trágico ademán en dirección al Norte, una joven de cabellos rubios, que formaban como una aureola luminosa alrededor de su cabeza, con los ojos bañados en lágrimas y palpitante aún la garganta por el grito que acababa de proferir, corrió á refugiarse entre los brazos de uno de los pescadores, hombre de fornidos miembros, cuyo cabello gris se podía ver bajo el capuchón de lana burda que le preservaba de la tempestad.

— ¿De dónde vienes así, corriendo como una desesperada, Juana María?, preguntó el hombre después de estrechar á la joven afectuosamente entre sus brazos.

— Del faro de Pontusval, padre, donde había ido para ver á mi compañera, la hija del vigía, ya sabes... Y allí..., allí...

La emoción embargaba á la joven, y con dificultad podían pronunciar las frases sus labios balbucientes.

— ¡Padre, eso es horrible!.. Desde allí he visto á ese desgraciado barco en su angustioso trance; avan-

za hacia las rocas de Penn Leach ven, y á estas horas... ¡Jesús!.., con tal que aún se llegue á tiempo!.. ¡Las olas le impelían directamente, con una rapidez tal... con la rapidez de la muerte!..

— ¿A las rocas?.., observó uno de los pescadores. ¡Ah diablo, está perdido!

Otro, moviendo la cabeza y cruzándose de brazos como para confirmar que era inútil todo esfuerzo, añadió:

— ¡Sí, sí, seguramente! ¡Bien sabido es que nuestras rocas de por aquí no necesitan más de quince minutos para destrozarse un buque, por grande y sólido que sea! Harto lo hemos visto, en el otoño, con ese bergantín noruego que fué á perderse hacia las islas de Kerlouan, engañado por la semejanza de la luz blanca y fija de la isla Virgen con la de Pontusval. Hasta diré que para evitar esto se debería poner un foco rojizo en la linterna de nuestro faro, en dirección á esas islas.

— Y recordemos también, añadió un tercero, aquella barca pescadora que quisimos salvar el año pasado, precisamente en el sitio citado por la Juana María. Cuando llegamos no se encontraron ya más que restos informes, el mayor de los cuales no medía un metro de longitud. En estos parajes, barco en los escollos es barco perdido completamente ¡Bah, ni siquiera vale la pena de arrancarle alguna cosa!.. No se encuentran más que astillas...

Sucesivamente, evocando un recuerdo y citándose un siniestro, dábase á conocer el furor de aquel mar, su perfidia de monstruo desencadenado y su irresistible poder en toda aquella extensión del litoral, donde, desde la isla de Batz hasta la de Ouessant, las primeras olas del Atlántico luchan con las últimas del canal de la Mancha, socavan el granito y le recortan en forma de agujas, aristas, sierras, ó mortíferas mandíbulas, entre las cuales van á perderse los buques y á destrozarse los seres humanos.

Y esa conformación formidable de las costas, esa lucha perpetua con el mar, esa continua visión de los

dras grises y la de las Iglesias, que en razón al salvajismo y á la crueldad de los que allí habitaban.

Las últimas palabras pronunciadas, la alusión á los restos del naufragio, fué como un golpe de viento sobre un brasero apagado hacía largo tiempo y sepultado bajo las cenizas.

Dominando el inmenso estrépito del mar, oyóse en aquel momento una frase en dialecto antiguo de León, que resonó lúgubrememente:

— ¡*Penseou ann aod!*

Estas roncadas palabras produjeron una especie de tumulto violento; hubo invectivas, aprobaciones, cóleras, entusiasmos, y una mezcla rápida de frases en pro y en contra, alrededor de aquel que, bastante lejos del grupo donde estaban abrazados el pescador y su hija, había pronunciado aquellas palabras, que salían de improviso como de una tumba; mientras que algunas voces dolientes murmuraban aún con acento de compasión:

— ¡Buque en peligro!..

Pero otros habían recogido aquel grito fúnebre de llamada usado en otro tiempo; varias voces sombrías que parecían silbar á través de las brechas de las antiguas y mortíferas rocas, elevábanse con creciente exaltación, y las almas de los que las proferían, espectadores de tantos naufragios, entusiasmáronse ante los recuerdos del pillaje y la esperanza de volver á las atrocidades del pasado.

— ¡*Penseou ann aod!*.. ¡Despojos en la costa!..

Entonces Guillermo Madec, apartando de sí á Juana María para tener los movimientos más libres, poseído de indignación, echó hacia atrás su capucha, dejando ver su cabeza enérgica, sus ojos de mirada atrevida y franca y todo su aspecto de intrépido luchador, en contestación á los que pedían el pillaje, profirió el noble grito de los hombres generosos:

— ¡Al barco de salvamento!

Y dirigiéndose con paso rápido hacia la casita de tejado rojo que se divisaba á la distancia de un centenar de metros, el pescador añadió, devorado por la



¡Buque en peligro!

espectáculos que presentan el naufragio y la muerte, explican la dureza de corazón, la ferocidad de las costumbres, la barbarie de esos habitantes de Guiseny, de Kerlouan, de Pontusval, de Brignaugan, de toda esa famosa Tierra de los Paganos, *Lan ar Paganiz*, como se llamó durante tan largo tiempo á esa parte del Finisterre, menos tal vez á causa de la terrible y suprema batalla que se libró entre el Druidismo y el Catolicismo, entre la religión de las Pie-

impaciencia, mostrando las rocas cubiertas de una capa de espuma semejante á un sudario:

— ¡Ya veremos esta vez si son ellos ó nosotros los que tienen razón!..

Impulsados por su ejemplo, los que se hallaban cerca de él habíanle seguido, repitiendo con entusiasmo, como un reto al mar, y también á los que habían osado invocar las bárbaras costumbres de sus antecesores:

— ¡Salvamento..., salvamento!..

Muy pronto la bocina de llamada hizo resonar sus roncros mugidos, que llegaban hasta las más distantes cabañas de Brignaugan, anunciando que ocurría una desgracia en el mar, y que los hombres debían acudir para botar su embarcación al agua.

Jóvenes, ancianos, mujeres y niños habían marchado todos apresuradamente hacia la casita de tejado rojo, que era la estación de salvamento de Pontusval; y poco después, arrastrado por medio de cuerdas, bajo los esfuerzos combinados de cada cual, el pesado furgón comenzó a salir, conduciendo el barco insumergible, el bote de salvamento. Acercábase poco a poco al mar, y sus pesadas ruedas se movían con dificultad en la arena, hundiéndose hasta los ejes.

Como en la virada del cabrestante para subir las andas a bordo de un buque, el patrón Madec, recordando su oficio de marinero, había entonado la especie de melopea cadenciosa, a la vez canción sin letra y onomatopeya de los esfuerzos físicos, que sirve de auxiliar a los hombres uncidos a las cuerdas:

— ¡Oh, iza!.. ¡Ah, oh, oh, ah!.. ¡Hola!.. ¡Oh, iza, iza!.. ¡Ah, oh, oh! ¡Ah!.. ¡Hola!..

Y todas las bocas repetían, desde la nota aguda y en falsete de los niños hasta las notas graves de los hombres, estas mismas exclamaciones.

Formando un grupo, a pocos pasos, los más viejos del país, reunidos allí como de común acuerdo, con la cabeza baja y los ojos brillantes bajo el arco de las cejas y a través de los mechones de sus largos cabellos desgredados, que el viento hacía flotar sobre sus rudos semblantes, contemplaban aquel animado cuadro y el movimiento de la población que corría afanosa hacia la playa.

Este movimiento evocaba en ellos el recuerdo de otros, haciéndoles pensar en escenas muy diferentes. En vez de un barco de salvamento, alrededor del cual se concentraban en aquel instante todas las fuerzas y entusiasmos, parecían ver el pueblo entero armado de hoces, de hachas, de arpones, de cuerdas y de todo un aparato, en fin, propio para la batalla, el pillaje y hasta la muerte; pues no pocas veces la hoz, convertida en arma mortífera, había caído sobre la cabeza del naufrago suplicante.

Las miradas de los ancianos fijábanse a lo lejos con expresión de feroz codicia y de amarga decepción, al ver que los demás se disponían para arrancarles la presa.

En aquel grupo oíase un murmullo de rebelión, cada vez más fuerte a medida que el barco de salvamento avanzaba hacia el agua; y cuando la proa quedó sumergida, y los tripulantes, revestidos del cinturón de corcho, comenzaban a ocupar su sitio en el bote, mientras que Guillermo Madec sujetaba el timón, oyóse otro grito de protesta:

— ¡Ar pense!.. ¡A los despojos!

Aquella voz de entonación tan aguda y penetrante que se percibía muy clara en medio del tumulto de la naturaleza y de los ¡oh! ¡ah! ¡iza! de los trabajadores, era la misma que había despertado primero la idea del pillaje, lanzando el grito de los antiguos Leoneses: «¡Despojos en la costa!..»

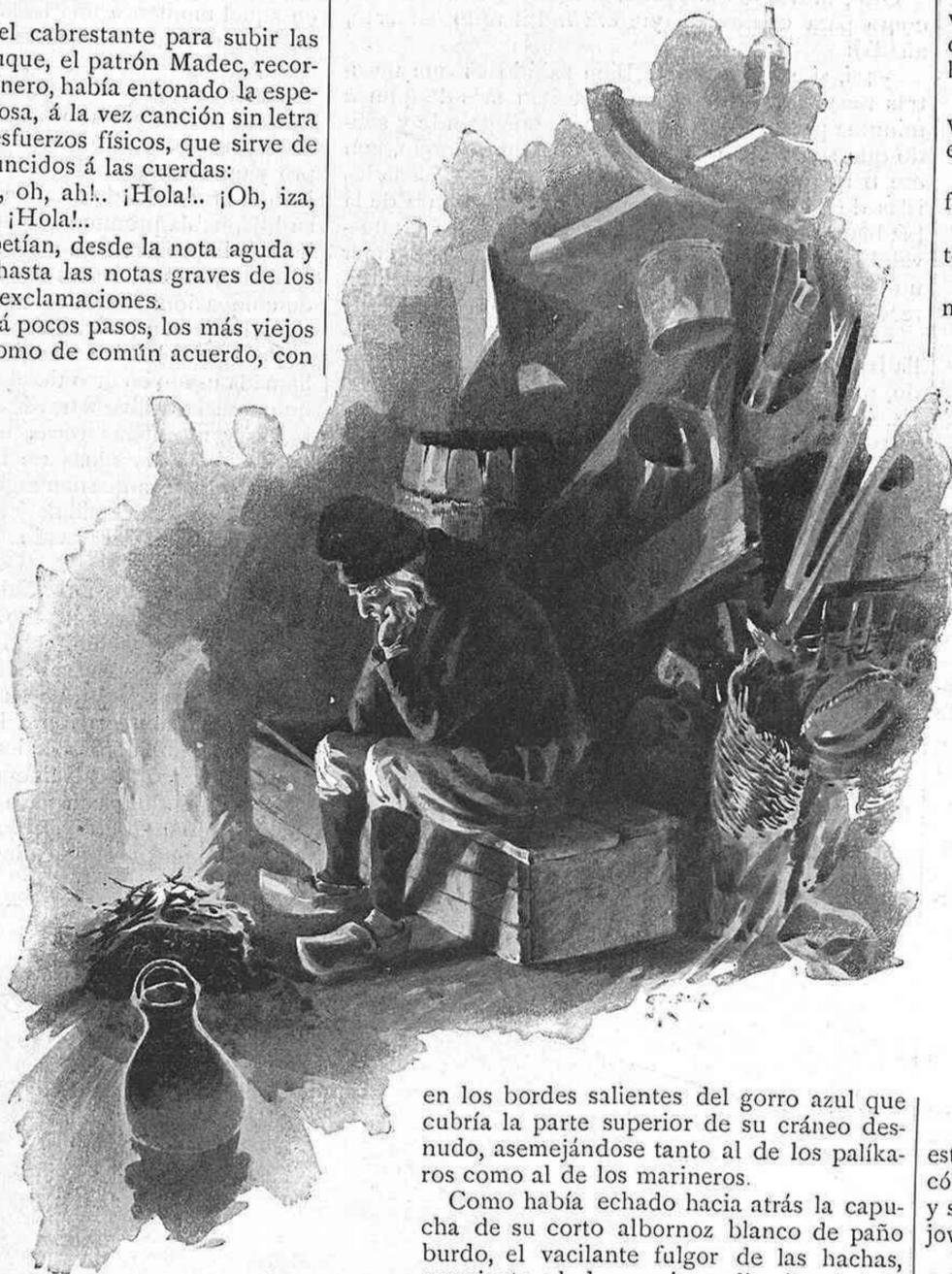
El hombre que acababa de pronunciar estas palabras, declarándose ahora defensor del derecho bárbaro, prosiguió:

— Se trata de arrebatarlos nuestros bienes... El mar es una vaca que produce para nosotros, y nadie tiene derecho de arrancarnos lo que nos trae... ¡Para nosotros trabaja Penn Leach ven, como trabajan las islas Kerlouan, la meseta de Aman ar Ross, la roca de Nevez, Roch vran, Carrec Balec, Carrec hir y todas las rocas que Dios ha sembrado desde la ensenada de Goulven hasta el Aber Vrac'h, que son la riqueza de los Paganiz!..

Delante de los otros, bien a la vista y muy erguido, veíase un viejo de aspecto extraño.

A la luz vacilante de las hachas que había sido forzoso encender para llevar a buen fin la operación de botar al agua el barco de salvamento, aquel anciano parecía formidable espectro viviente de la antigua Tierra de los Paganos, ser fabuloso de la Breña de presa, idólatra pagano de antiguos tiempos.

Aquel viejo casi centenario no aparecía nunca sino en las horas de tempestad, que le arrancaba infaliblemente de su retiro; entonces llegaba, siempre robusto, siempre erguido, a pesar de sus noventa años, con el cabello blanco pendiente sobre los hombros, cuando no le retorció para colocarle, a la antigua usanza,



... fruncidas las cejas, con la mirada fija vagamente en las brasas...

en los bordes salientes del gorro azul que cubría la parte superior de su cráneo desnudo, asemejándose tanto al de los palikaros como al de los marineros.

Como había echado hacia atrás la capucha de su corto albornoz blanco de paño burdo, el vacilante fulgor de las hachas, semejante al de un incendio, iluminó la arista ósea de su nariz encorvada como el pico de un ave de rapiña, sus ojos negros que la edad no había hundido aún y en los cuales se reflejaba el resplandor rojizo de las teas y su rostro apergaminado de viejo árabe. Distinguíase también el anciano por su elevada estatura, sus miembros enjutos y su aspecto salvaje; llevaba una especie de chaquetilla que cubría su torso óseo y musculoso; calzón corto de buriel, sujeto sobre la rodilla, dejando así desnudas sus piernas nerviosas, del mismo color amarillento que el de la cara y las manos, y con la diestra apoyábase en una especie de larga pica muy puntiaguda, provista de un gancho bien afilado.

— ¡Jesús!.. ¡Hervé Raguénés!.. ¡Siempre él!.. ¡Que el Señor proteja a los pobres naufragos!, exclamó con terror Juana María Madec.

Detrás del viejo, algunas voces vacilantes trataban de sostenerle, vociferando:

— ¡Ar pense!.. ¡Ar pense!

Y mientras los jóvenes, sin dignarse contestar, continuaban sus preparativos de salvamento, los viejos les dirigían malignas miradas, blandiendo sus bicheros amenazadores.

A pesar de esta actitud, el bote estaba a punto de ser botado al agua, cuando uno de los tripulantes gritó:

— ¡Patrón Guillermo, falta un hombre a babor!

Antes de que se pudiera presentar ninguno para reemplazarle, un joven de atlética estatura, ágil y robusto, que llegaba de Brignaugan, sofocado casi por lo mucho que había corrido, se cogió del borde del

barco, elevóse a fuerza de puños, y saltando a cubierta exclamó:

— ¡Ya está aquí!.. Podéis largar ahora mismo, porque la tripulación está completa.

Guillermo Madec le miró con aire estupefacto, y preguntóle:

— ¿Eres tú, Alain?.. Pero tú no formas parte de nuestra tripulación, según creo..., y además...

— ¿No me quiere usted?, preguntó con voz suplicante el recién venido, cortando la palabra a su interlocutor.

Juana María, con el rostro iluminado por una expresión de contento, murmuró:

— ¡Padre, yo te ruego!..

Sus ojos miraban con ingenua admiración al joven, que sin esperar la respuesta de Guillermo Madec había cogido un cinturón de corcho y se ocupaba en ponersele.

El patrón, entreabiertos los labios por una benévola sonrisa, ofrecía su mano al joven, cuando la voz estridente del anciano se dejó oír de nuevo.

— ¿Dónde vas a estas horas?, gritó con acento de furiosa cólera. ¿Quién te ha dado permiso?..

El joven, palideciendo de improviso al oír esta interpelación brutal, se volvió, balbuceando:

— ¡Abuelo!.. Hago como los demás; voy al salvamento... Los demás...

Una risa bestial agitó los labios secos de Raguénés.

— ¡Los demás..., ah, ah, ah! Ya no son hoy de nuestra sangre, de la antigua sangre de los Paganiz... ¡Tú eres un Raguénés, el último de la familia que ha sobrevivido conmigo, un pagano como yo!.. Y no es al salvamento a lo que debes ir, sino al *ar pense*, a los despojos.

— ¡Pero, abuelo, mira que esos desgraciados van a perecer! Yo te lo suplico...

— ¡Dios es quien nos los envía, y no debemos oponernos a su voluntad!

Todo el fatalismo de la raza revelábase en aquella frase salvaje, y Alain, trastornado, miraba sucesivamente al implacable anciano, a Guillermo, cuyas cejas se fruncían sobre los ojos brillantes de cólera, y a Juana María, que en aquel momento tenía las pálidas mejillas bañadas en lágrimas.

El patrón, inclinándose hacia su hija, cruzó con ella algunas palabras, y después, levantando la cabeza, apostrofó al terrible viejo, diciéndole:

— Hervé Raguénés, el barco que se pierde es inglés!..

Como el viejo, después de retroceder un paso, no esperaba el ataque, replicó, haciendo un ademán instintivo de rebelión:

— ¡Un hereje!..

— Acuérdate del Tamborilero, repuso Madec lentamente.

— ¡Ann Tabouliner!

Los labios de Raguénés pronunciaron temblorosos este nombre como una exclamación ahogada por la cólera; pero inclinó la cabeza sin hallar contestación y sin completar el ademán de amenaza dirigido al joven Alain.

Y en el torbellino mugiente de las olas, los doce remos se hundieron, batiendo la espuma, y el bote desapareció en las tinieblas para prestar auxilio y salvar si era posible al buque que se perdía en Penn Leach ven.

II

Una especie de plancha de piedra, de un metro de altura por unos cincuenta centímetros de ancho y veinte de grueso, algo semejante a las que se emplean para las cercas de los campos en ciertas partes del país bretón, servía de puerta.

Con una facilidad y un juego de los músculos que denotaba una fuerza superior a la común, el hombre la desvió; sirviéndose de su hombro como palanca, hízola girar sobre sí misma, y después de haberse deslizado, encorvándose, por la abertura que dejaba en descubierto, volvió a cerrarla. Después, con ayuda de un pedernal, encendió un farol pendiente en la pared derecha del interior, una de esas enormes linternas que sirven para reconocer la posición a bordo de los buques, y que a juzgar por su forma y sus adornos dorados provenía seguramente de un naufragio casi secular.

La llama rojiza puso en relieve desde luego la nariz de ave de rapiña, los ojos de lobo que busca su presa a favor de la obscuridad de la noche, las sólidas mandíbulas de poderoso carnívoro, las protuberancias del cráneo y las orejas aplanadas de Hervé Raguénés.

Después la luz, ensanchando su órbita luminosa, se reflejó sobre varios objetos extraños: cajas rotas, toneles hundidos, fragmentos de madera, de hierro y de

cobre, útiles de pesca, armas, provisiones diversas, cristalería, porcelanas, restos de todo tiempo y de toda especie en confuso montón, acumulados sin orden y á la casualidad según ocurrían los siniestros.

Por los vestigios de letras visibles en ciertas tablas, casi se hubiera podido reconstituir la cronología de los naufragios que, desde hacía más de setenta y cinco años, habían ocurrido en las costas de Guisseny, de Kerlouan y de Pontusval.

Aquella era la vivienda de Ragueñés, almacén y guarida á la vez, socavada en la roca en épocas prehistóricas por los primeros habitantes del país.

Según lo indicaban los restos de alfarería céltica, las osamentas quemadas de seres humanos y de mamíferos y las hachas de piedra, que el despojador se había limitado á empujar hasta el fondo, así como las urnas cinerarias escalonadas á lo largo de las paredes y de épocas y civilizaciones diferentes, aquello debía haber servido de caverna sepulcral á los primeros que ocuparon el país.

La casualidad hizo que Hervé Ragueñés descubriera aquella sombría gruta de muerte cuando era un adolescente, apenas salido de la infancia; después, aunque habitando su casucha de Brignaugan, había querido conservar aquel retiro, en un principio ignorado, y le utilizó para ocultar el fruto de sus rapiñas. Más tarde, llegado á la vejez y cuando se vió solo, después de la desaparición de todos sus parientes, cedió la casucha á su nieto Alain, y eligió definitivamente para su domicilio la obscura gruta, su guarida de fiera centenaria.

De nueve metros de longitud por dos de ancho y algo más de uno y medio de altura, no permitía al anciano estar de pie; mas esto le importaba poco; para él era una satisfacción salvaje vivir allí, echado sobre su botín, sobre su parte de restos de naufragios, como un león viejo sobre los huesos blanqueados de las víctimas que despedazó, solo, frente al mar, en aquel hueco de roca situado en una punta extrema de la costa, cerca de las islas Kerlouan, donde nadie osaba llegar para inducirle á salir, bien fuera por desdén ó por temor supersticioso.

En otro tiempo había podido, sin que los carabineros ni los gendarmes le inquietaran, aumentar su colección de restos, enriquecerse con ese maná que el mar arroja á la orilla; mas hacía largo tiempo que ya no iba á buscarlos, á saquear los buques naufragos, porque se salvaba á los que estaban en peligro ó á punto de perderse.

Por eso los objetos más ó menos preciosos, amontonados á su alrededor, se cubrían diariamente de un polvo cada día más denso, que él dejaba acumularse con la rabia en el corazón. Aquella cólera llegaba á su paroxismo cada vez que veía escaparse de sus manos una presa, y debía luchar contra las nuevas costumbres introducidas poco á poco en el país, sin encontrar ya para apoyarle más que algunos octogenarios débiles é impotentes, sin fuerzas contra los usos modernos, contra la piedad, la abnegación y los sentimientos caritativos.

El anciano fué á dejarse caer, con las piernas entumecidas y el cuerpo agobiado, menos por la fatiga ó la edad que por el peso de sus reflexiones, sobre un cajón que le servía de asiento junto al hogar, formado por varias piedras grandes, en cuyo centro humeaban algunos tizones. Ragueñés los avivó con astillas y acercó á la llama sus manos huesosas de poderoso rapaz.

Muy pensativo ahora, fruncidas las cejas, con la mirada fija vagamente en las brasas, apoyados los codos en las rodillas y la barba en las callosas palmas de las manos, escuchaba instintivamente los roncros mugidos del viento, que se desencadenaba á lo largo de las costas con el furor progresivo de un animal formidable, y el fragor de los golpes de mar, que lanzaban las olas como arietes de asalto en las anfractuosidades de las rocas.

Y en el espejo fiel de su memoria se reflejaron entonces todas las noches semejantes, todos los días de tempestad que habían sido las alegrías, las horas de delicias de su larga existencia.

¡Oh, y el barco de salvamento que acababa de ver! ¡Cómo había cambiado el tiempo y degenerado la raza! ¡Su nieto, la sangre de su sangre, estaba en el mar, no ya para arrancar á la furia de las olas los restos del naufragio que enriquecen, sino para el salvamento de seres desconocidos, de extranjeros, de ingleses!



Yo la tomo y me encargo de ella

Un vivo fulgor iluminó las pupilas del anciano, fulgor semejante al de la llama de un incendio, concentrada como el fuego consistente de un volcán bajo la ceniza, como la brasa que se oculta disimuladamente, y de la cual se desprenderán las chispas ardientes, las llamas destructoras. Del misterio de la caverna sepulcral, de las cenizas de los grandes antropoides desconocidos, entregados al sueño eterno en el seno de aquella roca, un espíritu de barbarie y de matanza se infiltraba en el pecho y en el cerebro del anciano.

¡Un Ragueñés, un pagano salvando á los ingleses! ¡Si pudiera correr á la costa como en otro tiempo!

Sus miradas se fijaban tan pronto en el hogar, poblado de llamas ligeras, como en la linterna pendiente de la pared de granito; los recuerdos acudían, surgiendo tumultuosos en su memoria.

— ¿Te acuerdas del Tamborilero?

Estas eran las palabras que había pronunciado Guillermo Madec.

Se acordaba en efecto, y esto bastó para que el pasado ondulara á través de su mente como el incendio de un bosque, interminable y sin que nadie le detenga.

De esto hacía ya largo tiempo, y Ragueñés se esforzó para contar con los dedos: veinte, treinta, al menos cuarenta años. Muy cerca de él, hacia el centro de la gruta, podía ver los restos de la fragata, de una fragata inglesa, según dijeron, aunque nada pudo probar su nacionalidad.

Hacía un tiempo como el de aquel día, y también era una noche de tempestad del Noroeste. Cuando

todos iban á meterse en la cama, y él, Hervé Ragueñés, salía de aquella misma caverna, salpicado de espuma, para volver á Brignaugan, en medio de los silbidos del viento y del fragor de la tempestad, había oído una detonación, que resonó bien clara entre el rumor del choque de las olas contra las rocas.

Ragueñés llegaba precisamente junto á un grupo de compañeros, y todos habían dicho:

— ¡Un cañonazo!

Momentos después, varios hombres llegados de la playa señalaron un buque que bordeaba aún, y que tal vez, gracias á los relámpagos, podría evitar los arrecifes, ganando la alta mar. Entonces Ragueñés, después de correr á su casa, había vuelto con el mejor toro de su rebaño; alrededor de él sus compañeros aplaudían y cantaban, ayudándole á conducir hacia la orilla el animal que se resistía, espantado por aquel estrépito del mar y de los gritos feroces de hombres y mujeres que se oprimían, armados de bicheros, de cuchillos y de palos, y que poseídos de la embriaguez del asesinato y del pillaje corrían revueltos en la misma dirección.

Cuando hubieron llegado á la playa, Ragueñés, encendiendo una linterna, la misma que iluminaba su gruta, la sujetó en la cabeza del toro, entre las astas, por medio de una cuerda, una de cuyas extremidades se enlazaba con una pierna anterior del animal, bastante larga para que éste pudiese andar, y demasiado corta para que no le fuera preciso bajar la cabeza á cada paso que daba.

El mismo Ragueñés había conducido después el toro á lo largo de la costa desde Keravesau á la capilla de Pol, cerca del sitio donde hoy se eleva el faro de Pontusval; á cada paso la cabeza del toro se inclinaba y levantaba otra vez, haciendo oscilar la linterna, lo cual imitaba el farol de un barco que bordea.

Casi en el mismo instante el estampido del cañonazo se oyó más próximo, lo cual demostraba que el buque en vez de continuar su marcha hacia alta mar navegaba ahora hacia la costa, creyendo salvarse en aquella dirección.

Al fulgor de los relámpagos, que se multiplicaban á medida que la tempestad iba en aumento, se había distinguido muy pronto una fragata que navegaba con un

mástil roto, el otro intacto aún y el timón manibrando hacia Penn Leach ven.

Sin duda en aquel mismo instante los marineros vieron también el peligro hacia el cual corrían, pues de improviso oyóse por la parte del mar un clamor formidable á través del espacio. A este grito de muerte contestó otro de alegría; todos los hombres levantaron en alto los bicheros, las hachas y las picas, mientras que Ragueñés, apoyando la linterna y desatando la pierna de su toro, esperaba con criminal frialdad á que el mar hubiese completado su obra destructora.

Un último relámpago permitió ver al buque estrellarse contra los arrecifes, siendo esta la señal para que los ribereños en confuso tropel acudiesen aceleradamente á recoger el botín, y entonces resonó el grito:

— ¡Penseon ann aod!

El beneficio que se obtuvo fué considerable, pues sin duda aquel buque llegaba de las colonias, y su cargamento era muy rico, componiéndose en parte de tejidos preciosos, y hasta de cajas de dinero; pero de todos los tripulantes que le montaban no llegó ninguno aquella noche á la costa, ni un solo cadáver, ni un ser humano.

A la mañana siguiente, un poco más lejos del lado derecho de Pontusval, en la playa de Cosquer, y junto á una enorme roca aislada en medio de las arenas, había encontrado un cadáver gigantesco, medio vestido aún con los restos de un uniforme que había sido imposible reconocer.

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS LOCOMOTORAS ELÉCTRICAS DE LA COMPAÑÍA DE BALTIMORE Á OHÍO

Es innegable que paulatinamente la tracción eléctrica sustituye en los ferrocarriles á la tracción del

eléctrica á unas 2.000 lámparas de incandescencia instaladas en ese túnel: como no se producirá humo, proyéctase blanquear esa galería subterránea, que de esta suerte vendrá á ser un poderoso reflector cilíndrico que enviará la luz á los vagones que por allí circulen, haciendo por lo mismo inútil el alumbrado de las lámparas durante la travesía.

La fábrica generatriz contiene once calderas de 250 caballos cada una, que alimentan cuatro motores Compound, del sistema Allis-Corliss sin condensación, de una potencia de 700 caballos cada uno, que accionan directamente una dinamo de diez polos y diez escobillas que producen 500 kilovat á 700 volts y que gira con una velocidad de 110 vueltas por minuto, proporcionando en junto cerca de 3.000 amperes disponibles para la tracción eléctrica.

Esta corriente es conducida á la locomotora por un conductor aéreo formado por dos hierros en forma de Z, remachados en una plancha de cobre de 25 milímetros de espesor, que dejan entre ellos una hendidura de 25 milímetros de longitud, merced á la cual un contacto que por ella se desliza, se apoya en los brazos horizontales inferiores de las dos Z. Este sistema de canal conductor está fijo, bien en la bóveda del túnel, bien en columnas de hierro dispuestas á 40 metros de distancia una de otra. La figura 2 representa la salida del túnel y el modo de suspensión de las tomas de corriente en las columnas: el humo que se ve á la entrada del túnel es producido por una de las últimas locomotoras de vapor que han atravesado el túnel antes del empleo de la tracción eléctrica.

La rueda ó trolley de los tranvías ordinarios está en este sistema reemplazada por una soleta de latón de 60 centímetros de longitud por 18 de anchura, que se apoya en las dos Z de hierro y está unida á la locomotora por un sistema de conjunción articulada que se ajusta instantánea y automáticamente á todas las inflexiones de la vía y á las del conductor aéreo. El retorno de la corriente se efectúa por las ocho ruedas de la locomotora, por los cuatro rieles de la doble vía y por un gran conductor de cobre.

Los tres grabados que publicamos reproducen las principales disposiciones de la locomotora eléctrica de 96 toneladas, á la que los conductores aéreos llevan la corriente de la fábrica central.

He aquí algunos datos acerca de esta locomotora, que es ciertamente la más potente del mundo (fig. 3). Esta locomotora la constituyen dos unidades distintas, cada una de ellas formada por un marco sostenido por cuatro ruedas motrices. Cada uno de los cuatro ejes acciona un par de ruedas por medio de un motor de seis polos que está sostenido elásticamente y transmite su potencia al eje por él gobernado por medio de conexiones flexibles.

Los motores y los ejes de las ruedas están sobre el mismo eje y giran por consiguiente con la misma velocidad angular. Los dos motores de cada truck están acoplados en tensión y reciben una diferencia de potencial de 250 volts cada uno, estando la línea establecida para proporcionar 500 volts y una corriente máxima de 2.700 amperes á carga máxima, cuando la locomotora ejercerá su esfuerzo de tracción máximo de 21.500 kilogramos, lo cual repre-

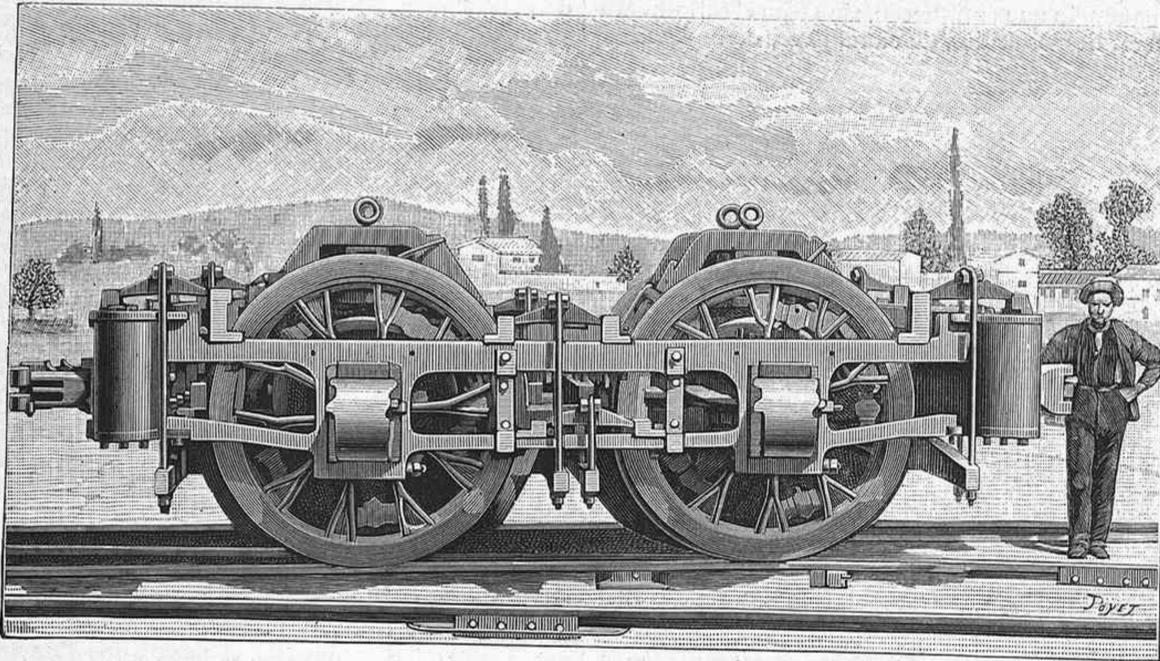


Fig. 1. - Vista de dos trucks de la locomotora eléctrica

vapor: no se trata, como se comprenderá, de una sustitución total y general, que sería tan absurda como querer emplear un solo sistema de alumbrado con exclusión de todos los demás, sino de una sustitución parcial en los casos particulares en que la tracción eléctrica ofrece sobre la locomotora de vapor ventajas de seguridad, de comodidad ó de economía.

Sin hablar de los experimentos realizados en Francia con la locomotora de M. Heilmann, solución intermedia que sólo modifica el modo de transmisión de la fuerza motriz á las ruedas del vehículo, ni de los otros experimentos, hoy abandonados, basados en el empleo de acumuladores, conocida es la aplicación en la línea del ferrocarril aéreo de Chicago, línea en la cual la tracción eléctrica ha reemplazado definitivamente á la tracción por las locomotoras de vapor.

Actualmente se termina en América, en Baltimore, una instalación gigantesca y de un interés considerable: se trata de la tracción eléctrica aplicada en una línea de ferrocarril ordinario que atraviesa una gran ciudad, en unos sitios al aire libre y en otros por medio de túnel, para suprimir completamente las locomotoras ordinarias y sus inconvenientes, harto conocidos, en las condiciones que vamos á indicar.

La *Belt Line*, como se designa en Baltimore al ramal en que se ha hecho esa aplicación, es un enlace directo, al través de la ciudad, de las principales líneas de la compañía ferroviaria de Baltimore á Ohío: este ramal de once kilómetros de longitud acorta en unos treinta minutos el viaje de Nueva York á Washington y permite establecer una estación en el centro mismo del barrio mercantil de la ciudad. La línea es subterránea en una longitud de unos 2.500 metros, y para evitar el humo, así en los límites como en el trayecto aéreo, adoptóse la tracción eléctrica. La instalación, que pronto quedará terminada, atrae en la actualidad la atención de todos los ingenieros electricistas y de todas las compañías de ferrocarriles, porque decidirá, en forma de un grandioso experimento y por ahora único, hasta qué punto puede la tracción eléctrica aplicarse á los ferrocarriles ordinarios y si puede prestar los servicios que de ella se esperan para un tránsito rápido en los túneles.

Esta empresa ha sido realizada por la *General Electric Company* á su costa, por su propia iniciativa y bajo su dirección, y la compañía de Baltimore á Ohío no adquirirá la instalación sino en el caso de que llene por completo todas las exigencias consignadas en el programa. Estas condiciones especiales hacen que todo el material empleado en esta instalación sea de primera clase y que esté cuidadosamente estudiado é instalado, pudiendo por lo mismo ser considerado desde ahora como la más perfecta manifestación del arte del ingeniero en este fin de siglo eléctrico.

La enorme fábrica central que alimenta las locomotoras eléctricas y está situada en uno de los extremos de la línea, proporcionará también potencia

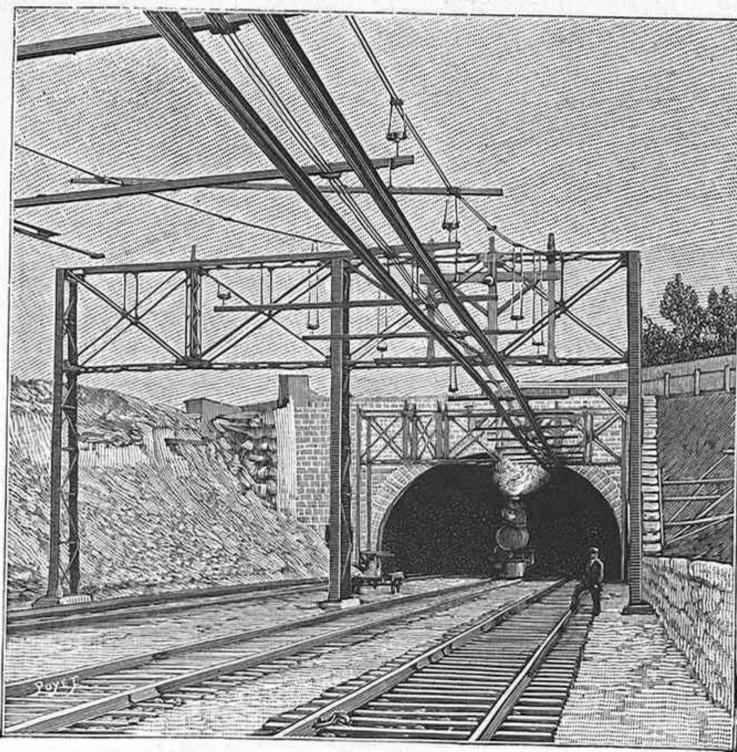


Fig. 2. - Salida del túnel de Baltimore con los conductores aéreos de toma de corriente

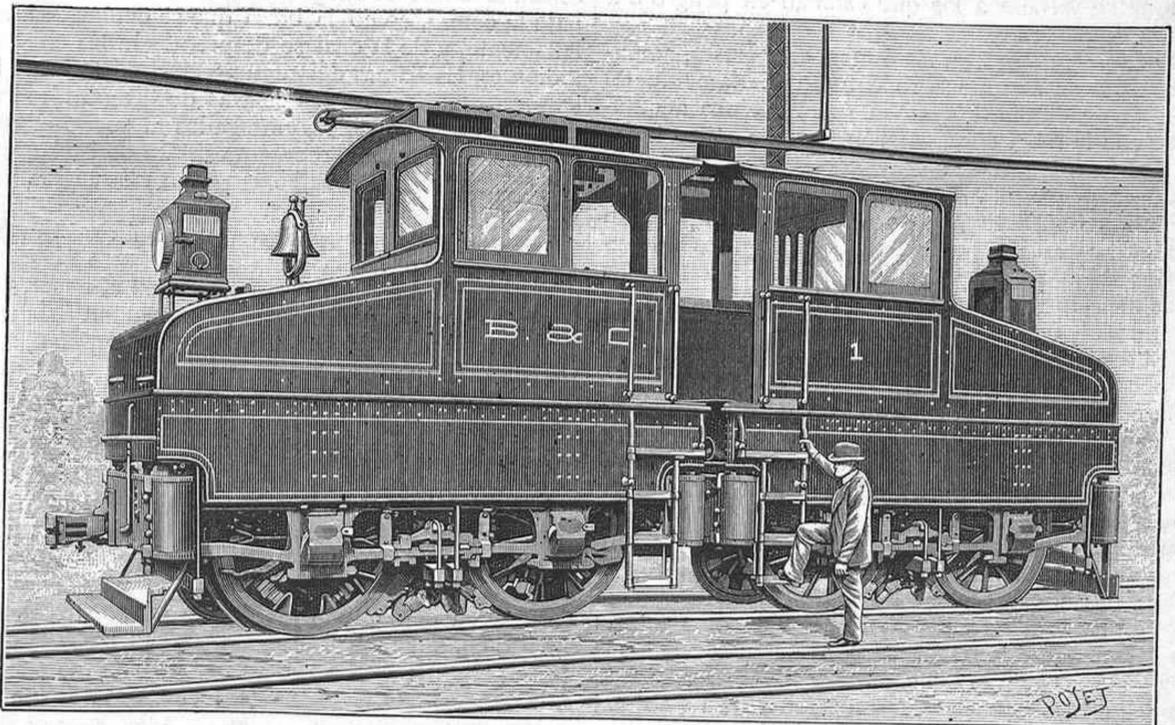


Fig. 3. - Vista en conjunto de la locomotora eléctrica de 96 toneladas construida por la *General Electric Company* para la compañía del ferrocarril de Baltimore á Ohío

senta una potencia eléctrica total de 1.350 kilovats ó 130.000 kilográmetros por segundo.

Cada uno de los cuatro motores está establecido para absorber normalmente 900 amperes, pero puede excepcionalmente soportar una corriente mucho más intensa. La locomotora lleva un interruptor automático de 3.500 amperes y un amperómetro de 5.000 amperes del sistema Weiton. Los frenos y el silbato funcionan por medio del aire comprimido que se obtiene merced á una bomba de compresión eléctrica alimentada por una derivación de la corriente general.

La velocidad normal de 24 kilómetros por hora podrá llegar hasta 80 kilómetros con trenes ligeros.

Las primeras pruebas recientemente verificadas han demostrado que la toma de corriente por contacto de deslizamiento en una línea subterránea ofrece algunas dificultades cuando se trata de hacer pasar por este contacto una corriente de muchos millares de amperes. La herrumbre y el polvo hacen imperfecta la comunicación eléctrica, para remediar lo cual se ha dispuesto sobre el contacto un sistema limpiador que ha dado, según parece, resultados satisfactorios. Pero esta imperfección observada en los primeros experimentos no es bastante para detener á los americanos en su empresa, pudiendo asegurarse que no tardarán en vencer esta dificultad.

Trátase de inaugurar solemnemente esta grandiosa instalación invitando al presidente Cleveland, al cuerpo diplomático y los altos personajes á quienes el asunto interesa.

E. HOSPITALIER

**



Clepsidra china de Cantón del siglo XIV (de una fotografía)

CLEPSIDRA CHINA DE CANTÓN DEL SIGLO XIV

La clepsidra que en esta página reproducimos se denomina Tung-lu-ti-len, vaso de cobre lleno de agua que mana gota á gota, y está colocada en un pabellón construido debajo de un arco doble que atraviesa una calle de Cantón que va desde la gran puerta del Sur hasta el palacio del tesoro de la provincia.

Como la que existía y quizás todavía existe en el observatorio de Pekín, esta clepsidra se compone de cuatro vasos de cobre, en los cuales el agua mana de

uno á otro por medio de pequeños tubos dispuestos en las bases de los mismos. El vaso que descansa sobre el suelo de la pieza en que el aparato está situado tiene sobre la tapadera, que es de madera, una especie de asa atravesada por una regla montada sobre un flotador y en la cual van indicados los caracteres que representan las horas. Cuando ha manado toda el agua, es decir, por la mañana y por la noche, se echa de nuevo el líquido en el vaso superior.

Una escalera de ladrillos permite al guardián subir hasta allí.

Las dimensiones y la capacidad de los vasos son las siguientes: el primero tiene 23 pulgadas de diámetro y 23 de alto, el segundo 22 por 21, el tercero 21 por 20 y el cuarto 23 por 19.

Según la *Chinese Repository*, la clepsidra termina por arriba en un altar consagrado á Pan-ku, el Adán chino, á quien se considera, sin que se sepa por qué, como el dios tutelar de aquella: á la derecha hay otro altar dedicado á la diosa Kuan-yn.

Al empezar cada hora el guardián cuelga en la parte exterior de la puerta del recinto un cartel en caracteres chinos negros sobre fondo blanco que indica el nombre de la hora que empieza: además tiene el guardián obligación de indicar las horas golpeando de día en un tambor y de noche en un gongó.

Los vasos de la clepsidra de Cantón datan del año 1316 de nuestra era.

Muchos y muy curiosos son los aparatos construidos en todo tiempo por los chinos para marcar las horas; entre ellos merece citarse el siguiente:

El emperador Chim-li, que reinó desde 1333 á 1367, tenía en su palacio un gran armario coronado por un nicho y llamado de los tres sabios: en el centro del mismo había una figura de una joven que servía para indicar las horas del día y de la noche y los kes. Cuando la aguja estaba sobre la hora escapábase una columna de agua. A los dos lados veíanse dos ángeles, el uno con una campanilla y el otro con un plato de cobre en la mano: al llegar la noche, estas dos figuras golpeaban los instrumentos que en las manos tenían y varios leones y águilas esculpidos se ponían en movimiento.

Al Este y al Oeste del armario se veía la órbita del sol y de la luna en el zodíaco: delante de la figura que representaba los doce signos estaban seis ancianos inmortales. Al mediodía y á media noche estas seis estatuas andaban formando parejas, pasaban por debajo de un puente llamado el Puente Santo, penetraban en el nicho de los tres sabios y volvían á su primitivo puesto.

Esta maravilla de arte había sido inventada, según se afirmaba, por el mismo emperador. - P.

(De *La Nature*)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante ruído a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD

Solucion **BLANCARD** y **Comprimidos de Exalgina**

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.

JAUQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR.**

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

Agua Léchelle

HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los fujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los organos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de fujos uterinos y hemorragias en la hemetisis tuberculosa.

DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París

Francia - Ex. en París

PUREZA DEL CUTIS

- LAIT ANTÉPHELIQUE -

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Posee y conserva el cutis limpio y terso

Ex. - St-Denis-40

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA

REMEDIÓ SEGURO CONTRA LAS

JAUQUECAS, NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS

La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias

Descontar de las Imitaciones.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

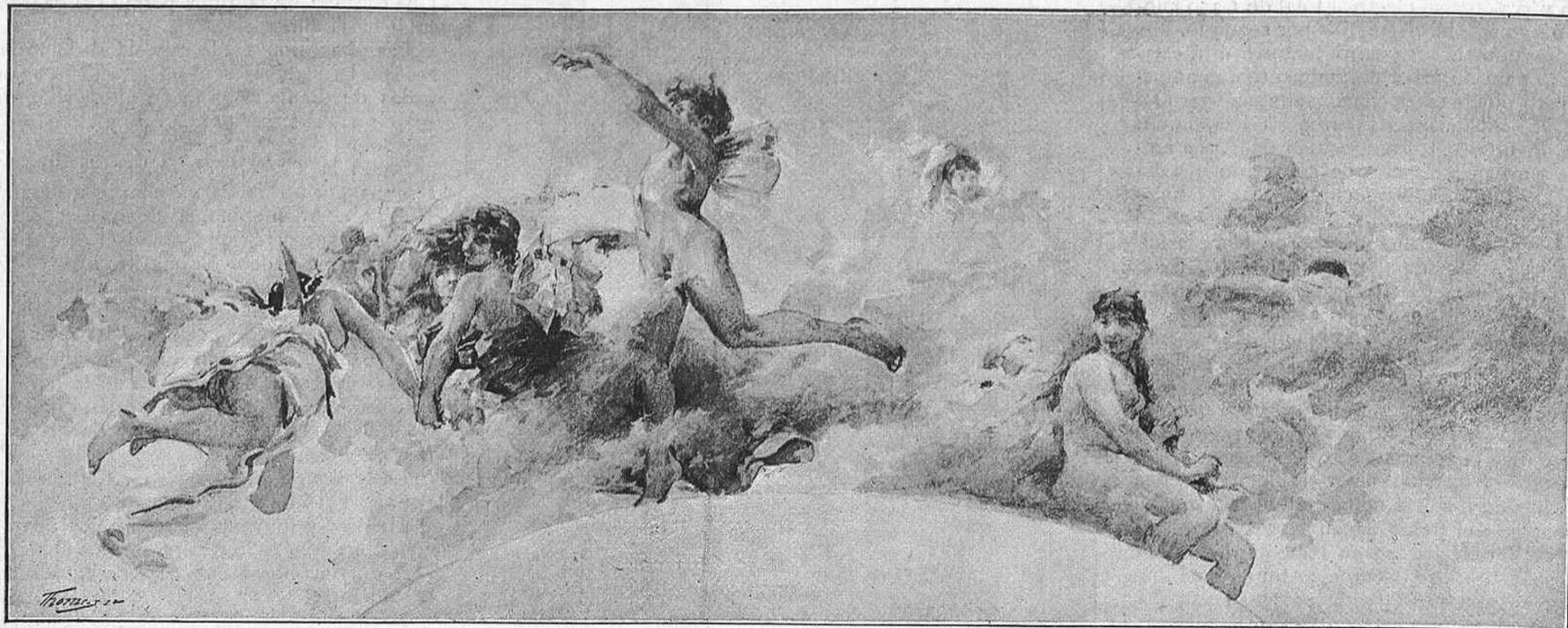
JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías



El Céffro y las Brisas, composición decorativa de Manuel Domínguez

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura **CATARRO,**
BRONQUITIS,
OPRESION

ASMA

y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y Cia, Fcos, 102, R. Richelieu, Paris.

Las
Personas que conocen las

PILDORAS DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los
Ferruginosos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.

G GÉLIS & CONTÉ

Grageas al Lactato de Hierro de

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas** y **Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **intestinos**. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**. Por mayor, en Paris, en casa de **J. FERRÉ**, Fermo, 102, r. Richelieu, Sucesor de **AROUD**. SE VENDE EN TODAS LAS PRINGIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Baigir en el rotulo a firma
Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)

PARIS: Farmacia **LEROY**
Y en todas las Farmacias

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL

PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE **BIN BARRAL**
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de **ASMA** Y TODAS LAS SUFFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION

FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION

EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS

Y LA FIRMAY DELABARRE DEL D. DELABARRE

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLOVE, DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN